EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA GUERRA SANTA,

ZARZUELA DE GRADDE ESPECTACULO

EN TRES ACTOS DIVIDIDOS EN DIEZ CUADROS,

LETRA DE LOS SEÑORES

DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

Y

DON LUIS MARIANO DE LARRA,

MÚSICA DEL MAESTRO

DON EMILIO ARRIETA.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1879.

AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que correspond.
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	Todo
Como se empieza	1	Miguel Echegaray	»
Contra soberbia humildad	1	José del Castillo	»
El afan de bullir	1	Mariano Chacel	»
El amor y la sotana	1	J. y Tomás de Asensi	»
El arte de ser feliz	1	José Hernandez	»
El nudo corredizo	1	Enrique G Bedmar	»
El primer aniversario	1	José Nakens	»
El sargento y el patan	1	Cárlos Calvacho	»
El secreto del tio	1	Manuel Ossorio	»
El tio Anguilla	1	Antonio Rodriguez	»
Enmendar la plana á Dios	1	E. Zamora y Caball.º	»
En la portería	1	E. y A. de la Guardia y L. Arnedo	»
Entre dos Manzanos	1	Mariano Chacel	»
Jugar con la misma carta	1	Tomás de Asensi	»
Ganar perdiendo	1	E. Jackson Cortés	»
La bruja Celestina	1	Cárlos Calvacho	»
La locura de amor	1	E. Z. y Caballero	»
La más preciada riqueza	1	Franc. Flores García	»
La perra de mi mujer	1	J. Jackson Veyan	»
La riqueza del trabajo	1	J. Jackson Veyan	»
La vecina de enfrente	1	J. G. de Lamadrid	»
Leonor	1	N. Diaz Escobar	»
Las citas de Carlota	1	Luis Cocat	»
Las dos bellezas	1	Leopoldo Parejo	»
Los sustos	1	Antonio Rodriguez	»
Morir por no despertar	1	José Echegaray	»
Llevar la corriente	1	F. Flores García	»
Peor que mi suegra	1	Eduardo Navarro	»
Perdido por mil	1	Navarro Gonzalvo	»
Por un pensamiento	1	N. Diaz Escobar	»
Quedarse zapatero	1	Ednardo Guillen	»
Quiebras del oficio	1	P. M. Barrera	»
¿Quién sobra?	1	N. Diaz Escobar	»
Rendirse á discrecion	1	Eduardo Palacio	»
¡Seis reales con principio!	1	J. Jackson Veyan	»
Soy yo	1	Salvador M.ª Granés	»
Una chica alemana	1	E. de S. Fuentes	»
Una palabra empeñada	1	M. Baquero	»
Un defecto	1	Franc. Flores García	»
Un episodio morisco	1	N. Diaz Escobar	»
Vaya un viaje	1	Pascual y Cuellar	»

A Antonio Infiesto recuerdo de la guerra santa de la carlistada, y de Tal, su afectísimo amigo q.s.m.b.

LA GUERRA SANTA.

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 15 de Marzo de 1879.

A. Alvarez de Paz dedica este ejemplar de recuerdo de veras

Barcelona

LIBRERIA DE FRANCISCO PEREZ PLANTA 2ª, PASEO DE ESTRELLA, 23 MADRID

Nota. Esta obra está escrita sobre el pensamiento de la novela de Julio Verne, *Miguel Strogoff*, pero hay en ella personajes principales, situaciones cómicas y dramáticas, parte de la accion y el desenlace completamente originales.

Otra. La víspera del estreno de la obra, la aplaudida artista Doña Adelaida Rodriguez, se encargó del papel mudo de Olga. Los autores reconocidos la dan aquí públicamente las gracias por esta prueba de amabilidad y de amor al arte.

[276:10]

LA GUERRA SANTA,

ZARZUELA DE GRANDE ESPECTACULO

EN TRES ACTOS DIVIDIDOS EN DIEZ CUADROS,

LETRA DE LOS SEÑORES

DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

Y

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

MÚSICA DEL MAESTRO

D. EMILIO ARRIETA.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Sp 24
V 279 v 10

TÍTULOS DE LOS CUADROS.

ACTO PRIMERO.	CUADRO 1.°—	**EL BAILE.**
	2.°—	**EL CORREO.**
	3.°—	**SARA.**
ACTO SEGUNDO.	4.°—	**LA CASA DE POSTAS.**
	5.°—	**LOS MONTES URALES.**
	6.°—	**MIGUEL.**
ACTO TERCERO.	7.°—	**L. S.**
	8.°—	**EL REDUCTO.**
	9.°—	**GUERRA A MUERTE.**
	10.°—	**EL LAGO BAIKAL.**

PERSONAJES.	ACTORES.
SARA	Sra. Franco de Salas.
MARÍA	Srta. Soler Di-Francu.
OLGA, personaje mudo	Sra. Rodriguez.
MIGUEL	Sres. Ferrer.
AGOREFF	Banquels.
CARRANZA	Tormo.
MR. CANARD	Sala Julien.
EL EMPERADOR	Arcos.
EL GRAN DUQUE, su hermano	Artabeitia.
EL GENERAL KISSOFF	Mora.
EL MAESTRO DE POSTAS	Vidal.
UN OFICIAL COSACO	N. N.
UN TÁRTARO	N. N.
EL EMIR GEOFAR	N. N.

Damas de la córte, egipcias, moscovitas, generales y oficiales rusos, tártaros, pastores, agentes de policía, pueblo, etc., etc.

La escena en Rusia y Siberia.—Contemporánea.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

EL BAILE.

Gran salon en el palacio nuevo de Moscow. Al fondo un rompimiento de arcos que dan paso á una galería que cae sobre el rio Moscowa. En último término se ven algunos edificios de la ciudad. Junto á las columnas que sostienen los arcos, dos grandes estátuas salientes sobre sus pedestales de mármol. La de la derecha representa á *Pedro el Grande*, y la de la izquierda á *Catalina*. En las terceras cajas de bastidores dos grandes trofeos de banderas y armas. Gran profusion de luces encendidas por todas partes. Todo indica la riqueza y el lujo.

ESCENA PRIMERA.

DAMAS DE LA CORTE MOSCOVITA, en traje de gala, se hallan colocadas en la actitud de un baile que se interrumpe por un momento, escuchando con interés la música militar que se oye á lo lejos y los gritos de ¡*Viva el Kzar*! con que empieza la obra. En los dos primeros términos del proscenio se hallan CARRANZA y MR. CANARD: visten de frac y cada uno tiene en la mano un libro de memorias y un lápiz.

INTRODUCCION.

MUSICA.

CORO DE HOMBRES. (Lejano.)

¡Hurra! Á la frontera

á pelear!
La gloria nos espera!
¡Viva el Czar!

CORO DE SEÑORAS. (En la escena.)
¡Viva el Czar!
¡Se van á la frontera
á pelear!
La gloria los espera!
¡Viva el Czar!

CARRANZA. La córte moscovita
es singular:
por todo al punto grita
¡viva el Czar!
¿Qué dice usted, mi amigo
Mr. Canard?

CANARD. Yo solamente digo
viva el Czar!

CORO DE HOMBRES. (Lejano.)
Viva el Czar!

CORO DE SEÑORAS. (En la escena.)
Viva el Czar!

CARRANZA. Mientras cunde aquí la intriga
entre el baile y el placer,
es muy justo que yo diga
lo que aquí he venido á hacer.
Soy de *La Correspondencia*
redactor corresponsal,
y este lapiz que es mi ciencia
de noticias da un caudal.
Con él en la mano
el mundo corrí;
hoy me hallo en Moscowa,
mañana en Pekin:
donde haya jaleo
me ven siempre á mí,
y á fuerza de piernas
lo sé todo al fin;

y muchos me dicen
al verme escribir:
«Señor de Carranza,
hable usted de mí.»
¡Oh, *Correspondencia*!
reclamo sutil;
hoy los españoles,
¿qué fueran sin tí?

—

CANARD. Soy corresponsal activo
de un periódico francés,
y me acusan sin motivo
de dar partes al revés.
Corro mucho más que un galgo,
vuelo más que una perdiz,
y allí donde ocurre algo
siempre meto la nariz.
Yo he visto las hordas
salvajes del Riff:
yo he estado en Calcuta,
yo he estado en Madrid,
yo he visto Viena,
yo he visto Berlin
y nada he encontrado
mejor que París.
Me apesta el Danubio
y el Arno y el Rin,
y las Amazonas
y el Misisipí.
En donde está el Sena
no hay más que pedir.
¡Como que es el rio
que baña á París!

UNA VOZ. (Dentro.) Abrid paso al Czar!!
ARRANZA y CANARD. ¡El Czar!
CORO GENERAL. ¡El Czar!
TODOS. Viva el Czar!

(Todos se inclinan y abren paso. El Czar viste el uniforme de los Cazadores de la guardia. Le sigue el general Kissoff y todo su estado mayor. El Czar saluda á la córte y se dirige al proscenio.)

ESCENA II.

EL CZAR y KISSOFF en primer término del proscenio. Á la derecha CARRANZA, y MR. CANARD á la izquierda. La córte en el fondo formando corrillos y hablando en voz baja.

HABLADO.

CZAR. General, ¿qué dicen los últimos partes?

KISSOFF. El telégrafo está interrumpido. Sólo funciona hasta Verko. Se cree que los tártaros se acercan á marchas forzadas á los montes Urales.

CZAR. Es decir... que nada se sabe del Gran Duque mi hermano?

KISSOFF. Nada, señor!

CZAR. Se halla cercado, incomunícado, tal vez en grave peligro! Pero... ¿qué hacen las tropas que no acuden á socorrerle?

KISSOFF. El cuerpo de ejército que había pasado la frontera de la Rusia europea, ha sido derrotado por los enemigos cerca de Omsk.

CZAR. Cuando pienso que un coronel de mi ejército, un moscovita de pura raza, se une á mis enemigos implacables los tártaros: subleva la Siberia y se olvida de su Dios... de su patria y de su emperador!...

KISSOFF. Calmaos, señor: la córte nos observa...

CZAR. Oh! Si ese coronel *Agoreff* cae en nuestras manos... se hará con él un castigo ejemplar! (Siguen hablando los dos n voz baja.)

CAR. (Escribiendo en el libro de memorias.) «Observé que el Czar »estaba inquieto y preocupado: y el general Kissoff, tan »sombrío y tan tétrico, que más que un hombre, pare-

»cía un oso dispuesto á morder á los que le rodeábamos.» Estos rusos son terribles!!

CANARD. (Escribiendo.) «El general Kissoff tenía la fisonomía risueña. No he visto nunca rostro más alegre. Bien es »verdad que aquella noche todos amoldaban sus impresiones á las del emperador, que con su esquisita »galantería y finos modales demostraba que la civilizacion francesa ha penetrado en el vasto imperio »Moscovita.»

CZAR. (Ante todo, general, es preciso que nadie adivine la gravedad de esa insurreccion. Os dige ayer que á todo trance necesitábamos un hombre de grandes condiciones: que conozca el terreno: que se atreva á pasar por entre los tártaros, sin que le arredren fatigas ni peligros, y que sea digno por sus cualidades morales de fiar en él, quizá, la salvacion de la Rusia. ¿Qué habeis hecho?

KISSOFF. Ya tenemos á ese hombre.

CZAR. Ah! Es valiente?

KISSOFF. No conoce el miedo.

CZAR. Prudente y astuto para engañar á nuestros enemigos?

KISSOFF. Tiene todas las circunstancias que se necesitan. En una palabra, señor; es un bravo moscovita dispuesto siempre á morir por su Dios, por su patria y por su Czar!

CZAR. Quiero verle en el acto. Ordena que le busquen y le conduzcan á tu despacho. Aquí no podemos hablar sin que la córte sospeche algo, y es indispensable que nada se sepa por ahora.)

CAR. (Escribiendo.) «Todas las damas de la aristocracia rusa »se hallaban radiantes de hermosura en el salon...» (Las hay feas como demonios!) «Allí estaban la de Berizoff, la de Kieff, la de Deuridof, la de Rostif, la de »Azorof, la de Petef, la de Rifaff, la de Franchoff, la de »Fiscowich, y la de Menchicoff!...» Ay! Veinte apellidos rusos pronunciados á la carrera son capaces de dejar los pulmones sin una partícula de aire!

CZAR. (Haced lo que os he dicho!) (Ap. á Kinoff.) Señores, esta

noche quiero que reine en el palacio nuevo la más completa alegría. El gran salon del banquete está ya abierto: yo mismo quiero guiaros. Vamos, señores, vamos, y viva la Rusia.

TODOS. Viva!! (Á una señal del Czar cada caballero coge su pareja. El Czar abre la marcha y se dirige hácia ls galería. Todos le siguen. El general Kissoff se queda en medio del teatro pensativo. Carranza le observa, y como si se le ocurriera un pensamiento, vuelve desde el fondo y se oculta detrás de las banderas y armas que forman el trofeo de la derecha. Música piano en la orquesta, hasta que quede la escena sin gente. Kissoff se acerca á la panoplia de la izquierda y toca un resorte. Entónces se abren los pedestales de las dos estátuas y salen de ellos seis agentes de policía.)

ESCENA III.

EL GENERAL KISSOFF, CARRANZA escondido, y los seis AGENTES.

CAR. (Cuando digo que aquí hay algo!)

KISSOFF. No hay que perder un momento. Buscad al capitan de los correos del Czar y conducidle á mi despacho. (Vánse dos Agentes.) Oid vosotros. Se asegura que se halla en Moscow el coronel Juan Agoreff, alma de la insurreccion tártara, y vuestra honra está empeñada en encontrarle. La recompensa será tan grande como el servicio. Hé aquí las señas de ese traidor. Oidlas bien y apuntadlas en vuestro libro de memorias. (Los Agentes sacan un librito y un lapiz y apuntan lo que les dicta Kissoff.)

CAR. (Digo, si la cosa era grave! Conque los tártaros se han sublevado! conque un coronel está á su cabeza! Apuntaré yo tambien las señas por lo que pueda suceder... ¡Qué carta la mia para la *Correspondencia!* ¡Destronado Mancheta!!)

KISSOFF. La vida del gran Duque está en peligro! La insurreccion toma proporciones alarmantes y es preciso tomar medidas extremas. Oid!

CAR. (No pierdo ni una sílaba! Por supuesto, que si me pillan

aquí me desuellan vivo!)

KISSOFF. El tren exprés va á salir dentro de pocas horas para la feria de Nowgorod. Que se pidan los pasaportes á todos los pasajeros. Lo principal es que no se burle de nosotros el traidor Agoreff. Espero que todos cumplan con su deber, por la Rusia y por el Czar nuestro padre y señor! (Vánse los cuatro Agentes.)

CAR. (¿Conque hay chamusquina? ¿Conque va á haber palos?)

KISSOFF. ¡Dios quiera que ese hombre llegue á tiempo!! (Váse.)

ESCENA IV.

CARRANZA, saliendo de su escondite.

Bien hice por vida mia
en quedarme agazapado,
pues mucho me han revelado
Kissoff y su policía:
y áun abrigo la esperanza
de descubrir más camino,
que á Rusia en balde no vino
el periodista Carranza.
En esto de averiguar
nadie como yo ha nacido!
¿Á que no se le ha ocurrido
tal medio á Mr. Canard?
Yo presenciaré la lidia
de tártaros y de rusos;
mis compañeros confusos
se van á morir de envidia
cuando escriba en son profético:
«*El tártaro vence*» *hoy doce*:»
como allí no se conoce
más tártaro que el emético!...
mis cartas por precision
harán que Madrid se asombre.
¡Qué corresponsal! ¡Qué hombre!

dirán en la redaccion,
mientras la nube que avanza
de pilletes sin conciencia,
grita: «*La Correspondeneia*
con la carta de Carranza!»
Aplomo, sagacidad:
mucho pesqui, mano lista;
ved correr á un periodista
tras la popularidad! (Carranza se va por la galería.)

ESCENA V.

MR. CANARD saliendo de detrás de la panoplia de la izquierda.

CANARD. Creí que no se marchaba;
tuvo al fin la misma idea!
La cosa se pone fea
cuando ménos se esperaba.
De Rusia el pesado yugo
rompe el tártaro cruel,
y de víctima el papel
trueca por el de verdugo.
Es preciso presenciar
esta lucha gigantesca,
y qué diablo! si se pesca
algun susto regular,
en cambio gran gloria es
tener siempre en conmocion
á toda la suscricion
de un periódico francés!

(Música á lo lejos en el salon del banquete: pasan lacayos con fuentes por la galería.)

Audacia y actividad...
conmigo ese hombre compite?
dejemos nuestro escondite
y á salir de la ciudad.
Pero ¿qué grata emocion
en mi nariz siento impresa?

Es la cocina francesa
con toda su seduccion!
Ella el mundo ha conquistado;
ella es reina positiva;
ella es la hija adoptiva
del estómago ilustrado!
Y pues me convida el *Czar*
y yo acepto sus mercedes,
con el permiso de ustedes
señores: vóime á cenar.

(Se dirige precipitadamente por la galería izquierda.)

CUADRO SEGUNDO.

EL CORREO.

Despacho del general Kissoff: puertas laterales.

ESCENA VI.

El general KISSOFF, por la derecha, á poco el CZAR por el mismo sitio.

KISSOFF. Nadie penetrará aquí más que nuestro hombre. El rumor popular cunde y en vano podremos 'evitar que la noticia de la insurreccion estalle en Moscow como una bomba! Qué va á suceder?

CZAR. Por fin podemos hablar á solas, general. Los brindis, la alegría de la córte, hasta los vitores que me tributan me hacen daño. ¿Crees tú que las hordas tártaras se atrevieran á avanzar hasta las fronteras de la Rusia enropea?

KISSOFF. Todo puede esperarse de esa raza maldita que no respeta los tratados y desprecia la civilizacion.

CZAR. Sí: dices bien!

KISSOFF. Ademas, el emir Geofar es uno de esos feroces aventureros que se gozan en llevar delante de sus sangrientas hordas el luto, la desolacion y el incendio!

CZAR. El fanatismo tártaro no conoce límites. Esa guerra sorda que estalla de tiempo en tiempo amenazando devastar el imperio ruso, se apellida entre ellos *La guerra santa*, y á ese mágico nombre, millares de séres brotan de la tierra maldita con la lanza de la muerte en una mano y la tea del esterminio en la otra! ¡*La guerra santa*! Horrible sarcasmo!!

KISSOFF. Á la voz del emir Geofar se han levantado tribus enteras; y si el infame desertor Agoreff llega á reunirse con él, todo está perdido!

CZAR. Oh! Si llegan á caer en nuestro poder los haremos morir como el emir hace morir á nuestros vasallos, enterrándolos vivos con la cabeza fuera de la tierra y dejando á los cuervos y á los lobos el cuidado de que roan sus cráneos.

KISSOFF. Aun así no pagarán el daño que con su invasion van á causar á la Siberia.

CZAR. ¿Qué noticias tienes de Agoreff?

KISSOFF. Agoreff es un hombre temible, señor; astuto y malvado, procurará por todos los medios vengarse de su alteza el Gran Duque vuestro hermano, á quien aborrece de muerte desde el dia en que para castigar su indisciplina le desterró á la Siberia.

CZAR. Y lo peor de todo es que el Gran Duque no le conoce.

KISSOFF. Por eso conviene que nuestro correo llegue ántes que Agoreff á Irkouts. El Gran Duque con el pequeño ejército que ha logrado reunir se defenderá como un héroe, y si vuestro enviado puede entregarle á tiempo la órden de reunirse á los cosacos del lago Baikal, el triunfo es seguro.

CZAR. Te inspira confianza el hombre que has buscado?

KISSOFF. No conozco otro que reuna mejores condiciones.

CZAR. ¿Dónde está?

KISSOFF. Esperando ya de seguro las órdenes de su señor y amo.
CZAR. Qué entre!
KISSOFF. (Acercándose á la puerta de la izquierda, dice desde ella: Miguel Strogoff: el Czar tu padre y señor te espera! (Miguel aparece en la puerta con el traje de capitan de los correos del Czar. Se queda cuadrado militarmente, y el Czar le contempla breves instantes.)

ESCENA VII.

EL CZAR, KISSOFF y MIGUEL.

MUSICA.

CZAR. (Brava apostura!)
KISSOFF. (Aire marcial!)
CZAR. (Rostro expresivo!)
KISSOFF. (Noble ademan!)
CZAR. Baja esa mano.
(Aludiendo á su saludo militar.)
MIGUEL. Señor... (Bajándola un poco.)
CZAR. Aún más.
MIGUEL. Yo no me atrevo... (Miguel deja el saludo.)
KISSOFF. Lo manda el Czar!

—

CZAR. Dime tu nombre y tu grado.
MIGUEL. Yo soy Miguel Strogoff,
capitan de los correos
del angusto Emperador.
CZAR. Esa cruz de buen soldado
testimonio viene á ser.
(Señalando á la que lleva Miguel en el pecho.)
MIGUEL. Por mi patria, con mi sangre
en campaña la gané.
CZAR. Un secreto de importancia
hoy de tí voy á fiar!
MIGUEL. En el fondo de mi pecho

siempre oculto vivirá!

CZAR. Por cumplir lo que te ordeno
de la muerte vas en pos!

MIGUEL. Si por vos la vida pierdo,
cuidará de mi alma Dios!

—

CZAR. (Ap. á Kissoff.) (Bien contestado

KISSOFF. (Ap. al Czar.) Me equivoqué?)

CZAR. (Ap. á Kissoff.) (Mucho me agrada!)
Acércate! (Á Miguel.)

—

De tu existencia entera
descorre el velo aquí:
que proteccion sincera
encontrarás en mí.

—

MIGUEL. Desde mi humilde cuna,
de mi deber esclavo,
ni ambicioné fortuna,
ni me halagó el poder:
ni en el azar del juego
encenagué mis horas,
ni del amor el fuego
estremeció mi ser!
Solo mi madre amada
que por mi ausencia llora,
es la ilusion guardada
desde mi infancia aquí.
(Señalándose al pecho.)
Y ella por mí suspira
y ella es la que me adora,
y ella es la que me inspira
cuanto hay de noble en mí!

—

Que al pié de la Vírgen
que guarda su lecho
con besos purísimos

me supo enseñar,
que tienen derecho
eterno á mi vida,
mi madre querida:
mi patria y mi Czar.

Á UN TIEMPO.

MIGUEL.

Al pié de la vírgen
que guarda su lecho...
Etc.

CZAR y KISSOFF.

Su noble mirada,
su santo ardimiento
de su alma bellísima
descubren la luz.
Si jura su acento
que á todo se atreve,
la patria le debe
su eterna salud!

HABLADO.

CZAR. Bien: Miguel: el general
tu valor me ha ponderado!
MIGUEL. Ser cobarde y ser soldado
son cosas que se unen mal.
Si yo el miedo conociera,
si de mi honor me olvidara,
ni esta cruz aquí llevará,
ni capitan del Czar fuera.
CZAR. Creo que eres siberiano?
MIGUEL. En las estepas nací.
CZAR. ¿Conoces tu tierra?
MIGUEL. Oh! sí,
como conozco mi mano.
Desde la costa glacial
que el mar de hielo aprisiona,
á la roca que corona
la cumbre del monte Ural,
no habrá sitio que me nombres

de la siberiana tierra,
donde no haya hecho la guerra
á las fieras ó á los hombres.
En los tiempos venturosos
de paz, mi padre y señor,
su oficio de cazador
me enseñó, matando osos;
y cuando el tártaro fiero
nuestras fronteras pasaba,
cual soldado me llevaba
á expulsar al extranjero.
Entre la nieve crecí,
el peligro fué mi oficio
hasta que entré á tu servicio,
honra que no merecí.
Tus órdenes siempre acato
y que las dictes espero,
mándame que muera y muero,
mándame que mate y mato!
Y no te importe al mandar
si hay riesgo en obedecer,
que esclavo de mi deber
sé morir ó sé matar!

CZAR. Me agradas, por Dios bendito!
General, gracias te doy,
pues viendo en Miguel estoy
el hombre que necesito.

KISSOFF. Su pasado le acredita,
sé quien es y en él confío,
que no hay hombre de más brío
en tu imperio Moscovita.

CZAR. Irás á Siberia!

MIGUEL. Iré!

CZAR. Por un país sublevado
de mil peligros cercado
has de pasar.

MIGUEL. (Con naturalidad.) Pasaré!

CZAR. El tártaro su bandera
por la Siberia tremola,
y una ciudad, una sola
sus hordas rechaza fiera.
Yrkouts! allí has de llegar
con esfuerzo sobrehumano,
y al noble duque mi hermano
esto pliego has de entregar. (Le da un pliego.)
Jura que el trance más duro
ni el de la muerte indiscreto,
te ha de arrancar el secreto
que hoy te confío!

MIGUEL. Lo juro!

CZAR. Pasarás por Omsk.

MIGUEL. (Con alegría.) ¡Dios santo?

CZAR. Qué?

MIGUEL. Que allí murió mi padre...

CZAR. Ah!

MIGUEL. Y allí vive mi madre;
mi madre que me ama tanto,
y que há seis años espera
mi regreso de un instante
para darme un beso amante
ántes de su hora postrera!

CZAR. Fuera verla un compromiso.

MIGUEL. Ah!! (Aterrado.)

CZAR. Álguien te conocería
y todo se perdería.

MIGUEL. No darla un beso?...

CZAR. Es preciso.

MIGUEL. Há seis años no me ve!

CZAR. Comprendo, Miguel, tu pena,
pero tu deber te ordena
no verla!...

MIGUEL. (Con entereza y dominando su emocion.) No la veré!

CZAR. Un traidor, un hombre infiel,
tal vez se oponga á tu paso

si te conoce...

MIGUEL. En tal caso
rogad al cielo por él!

CZAR. Desconfía, que es ladino
y ha de intentar el perderte!

MIGUEL. Señor, tan solo la muerte
me detendrá en mi camino!

CZAR. Guárdate bien de admitir
lance que exponga tu vida,
que el triunfo de esta partida
consiste sólo en vivir.
No busco en tí el ardimiento
ni que arriesgues tu existencia,
mas te exijo la paciencia
y el valor del sufrimiento!
Parte á cumplir tu mision
y débate, el soberano,
la existencia de su hermano,
Siberia, su salvacion!

MIGUEL. Por mi patria y por mi Czar
y por mi madre querida,
juro que ó pierdo la vida...

CZAR. ¡Bien!

MIGUEL. Ó á Yrkouts he de llegar.

CZAR. Corre de tu suerte en pos!

KISSOFF. Salva hoy á los siberianos!

CZAR. Mi esperanza está en tus manos!

MIGUEL. Y mi vida en las de Dios!

(Vánse los tres por distintos lados.)

MUTACION.

CUADRO TERCERO.

SARA.

Gran esplanada que da paso á la estacion del ferro-carril de Moscow á Nowgorod. En el foro, todo al frente del edificio, con arcos cerrados que puedan abrirse á su tiempo, y entre ellos, los departamentos de *Telégrafos, despacho de billetes*, etc. Reina gran animacion, teniendo en cuenta que estos locales en Rusia, poco ántes de partir el tren, toman el carácter de un mercado ó bolsin, donde acuden los comerciantes.

ESCENA VIII.

Varios AGENTES DE POLICÍA atraviesan por entre la gente, y se unen en el proscenio con aire misterioso.

MUSICA.

POLICIA. Segun dijo el General
es forzoso listos ser,
por si está en la capital
el coronel Agoreff.

—

Nadie de la córte
se puede marchar
sin que el pasaporte
llegue á presentar:
para eso tenemos
en este papel
las señas exactas
de ese coronel.

(Todos sacan el libro de memorias y leen.)

—

«Muy rubio el cabello,
»nariz aguileña,
»delgado de cuello,
»la cara risueña;
»marcial apostura,
»blanco de color,
»alto de estatura,
»así es el traidor!»

—

Mucho ojo! mucho ojo!
á ver, á indagar,
pues brama de enojo
nuestro padre el Czar. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA IX.

CARRANZA, sale precipitadamente en traje de camino y con un saco de noche en la mano.

CARRANZA. Suena en la córte marea sorda;
segun parece se armó la gorda.
Sólo yo lo he descubierto,
sólo yo lo sé de cierto,
y como un gloton que es,
en la sala del banquete
dejé anoche hecho un pobrete
al corresponsal francés.
Al telégrafo volando!
¡Vamos pues!
(Echa á correr hácia el telégrafo.)

ESCENA X.

MR. CANARD, en traje de camino y con otro saco de noche en la mano.

CANARD. Sin decirle á nadie nada
he avisado en mi embajada,
y al primer rayo del sol

he venido aquí volando
y en Moscow queda roncando
el periodista español.
Al telégrafo volando
yo me voy.

(Echa á correr al telégrafo, mientras vuelven á salir los agentes de policía.)

—

POLICIA. Al salir el primer tren
es forzoso examinar
en las puertas del anden
al que quiera penetrar.

(Se reparten por la escena entre las gentes del pueblo.)

ESCENA XI.

SARA, AGOREFF, vestidos de egipcios. DOCE EGIPCIAS, con instrumentos músicos de cuerda á la espalda. Mucha animacion.

HABLADO.

AGOREFF. Seguidme todas, palomitas sin hiel: golondrinas de Egipto. Rodead con amor al mercader Zingo, que sin vosotras es un cuerpo sin sombra, una fuente sin agua, un alma sin esperanza. Yo os conduciré á la feria de Nowgorod como conduce el amante pastor á sus ovejas. Allí vereis reunidas todas las razas del mundo. Allí podreis ganaros honradamente algunos rublos entonando vuestros cantos africanos, y luégo iremos á descansar de nuestra larga peregrinacion á las orillas del rio Santo, y colgaremos nuestras flotantes tiendas de las ramas del oloroso cinamomo!

SARA. (Ap. á Agoreff.) (Cuidado, Agoreff: la policía nos observa.)

AGOREFF. (Bah! Crees tú que es tan fácil reconocerme? Bajo este traje, y esta barba negra, ni el mismo general Kissoff con su perspicacia, descubriría en el mercader Zingo

al coronel Agoreff! Lo importante es salir de Moscow!)

SARA. (Hermano mio, hasta que nos hallemos en la Siberia, todo me aterra!) (La gente va formando corro al alrededor de las egipcias.)

AGOREFF. Si quereis oir cantar á esta bandada de tórtolas que me acompaña; dirigíos á esta egipcia, reina de mi corazon. Vedla: es hermosa como las hijas de Agar; tiene el cabello negro como la noche, y los labios encendidos como el terebinto de Judea. Vamos, cielo mio, dí algo á estas buenas gentes que te contemplan embebecidas!

EGIPCIAS. Corro! Señores, corro! Viva Sara! Viva Zingo!

AGAROFF. Poco á poco, avecillas canoras, olvidais que estais en Rusia? Viva el Czar, nuestro padre y señor!

TODOS. Viva!!

SARA. (Colocándose en medio de todos en el proscenio.)

Libre soy: presidio ufana
esta alegre caravana
que canta, baila y recita,
y el porvenir de mañana
ni me importa ni me agita.
Golondrina emigradora,
tengo el mundo por hogar,
y cuando nace la aurora
mi voz es la precursora
de su luz crepuscular.
Incansable viajera
que apenas la tierra toca,
planto mi tienda ligera,
hoy, bajo de una palmera,
mañana, sobre una roca.
Á mi espíritu tranquilo
no conturva el porvenir,
pues tan pronto encuentro asilo
en las orillas del Nilo
como en el Guadalquivir.
Mi alma es fuente del amor,
mi voz raudal de armonía,

y soy para mi señor,
alondra al nacer el dia,
por la noche, ruiseñor.
Que es amor planta querida
que aquí en el recinto estrecho
de mi corazon se anida,
y el amor que entra en mi pecho
sólo se va con la vida!
Y pues mi amo y señor quiere
que cante y cantar me place,
y mi voz de amor le hiere,
canto cuando el dia nace,
canto cuando el dia muere,
canto á la noche sombría,
y segun siente mi ser,
así expresa el alma mia,
ó el llanto de la agonía
ó la risa del placer!

ZINGO. Corro y atencion, señores!
Canta, egipcia bella, canta,
y sin pena ni temores
muéstrales que es tu garganta
un nido de ruiseñores!

MUSICA.

(Las egipcias tocan sus instrumentos alrededor de Sara. Momentos de animacion entre la gente que les rodean.)

EGIPCIAS. Del Nilo en las riberas
que bordan las palmeras
y el cedro de Efrain,
la música aprendimos
que siempre repetimos
y nunca tiene fin.
De Egipto las canciones
expresan las pasiones,
la risa y el dolor.

Las guzlas preparemos
y alegres entonemos
el himno del amor.
Oid, callad,
y al ruiseñor del bosque
atentos escuchad!

—

SARA. Yo soy egipcia errante
que vaga perseguida,
yo soy el melancólico
suspiro del amor;
yo soy el eco amante
de un alma dolorida
que imita el canto mágico
del dulce ruiseñor.
Dejadme cantar
como canta la alondra que el dia
nos viene á anunciar.

EGIPCIAS. Dejadla cantar
como canta la alondra que el dia
nos viene á anunciar.

—

SARA. Soy garza emigradora
que busco en el desierto
la luz de la ancha bóveda
del cielo abrasador:
la palma bienhechora,
feliz seguro puerto,
en que colgar el nido
santuario del amor!
Dejadme cantar
como canta la alondra que el dia
nos viene á anunciar.

EGIPCIA. Dejadla cantar
como canta la alondra que el dia
nos viene á anunciar.

(Cesa la música. Sara y las egipcias se acercan á los concurren-

tes y hablan con ellos.)

HABLADO.

AGOREFF. Vamos, generosos moscovitas, abrid paso á los pájaros de Egipto que se dirigen á la feria de Nowgorod.

SARA. Paso, señores. (Prudencia!)

ESCENA XII.

DICHOS, MIGUEL, en traje de mercader, con un pequeño lío sujeto á la espalda y una larga pipa en la boca.

MIGUEL. (Hé aquí á un capitan del emperador de Rusia convertido en el mercader Pedro Struk. Diantre! segun la gente que acude á la estacion, la feria de Nowgarod estará animada! Ah! Cuando pienso que voy á pasar por Omks, que tal vez tenga que hacer noche y que se me prohibe dar un abrazo á mi buena madre, que pasa el año rogando á Dios por su hijo para que le libre de todo mal, siento flaquear mis fuerzas! Pero... cómo ha de ser! Así lo manda el emperador, así lo exige la patria!)

AGOREFF. (Ah!) (Reparando en Miguel.)

SARA. (¿Qué tienes?)

AGOREFF. (No me engaño. ¿Ves á aquel hombre?)

SARA. (Sí.)

AGOREFF. (Procura retener su fisonomía en tu memoria!)

SARA. (¿Por qué? ¿Quién es ese hombre?)

AGOREFF. (Espera. Tal vez me engañe. Cuando esté hablando con él te acercas con pretexto de entonar una cancion; y mírale bien, hermana, mírale bien, porque si es el que presumo puede sernos fatal.) (Saca su pipa y se dirige pausadamente á Miguel.) Dispensadme, buen amigo, ¿teneis un fósforo para encender mi pipa? (Los dos quedan mirándose fijamente. Miguel hace un movimiento de indiferencia con los hombros.)

SARA. (No me engaño!... es él... va á reconocerme.—Sere-

nidad.)

MIGUEL. No he sido amigo tuyo nunca, pero toma, guárdate la caja para que no molestes á nadie. (Miguel va á dirigirse á la estacion, y Sara le detiene.)

SARA. Un momento, gentil mancebo; ¿quieres escuchar una balada popular de Egipto?

MIGUEL. Los cantos populares de todo moscovita honrado son aquellos que le enseñan á amar á Dios, á servir á la Rusia y á obedecer las órdenes de nuestro padre el Czar! (Miguel se va á dirigir á la estacion, pero la policía se le interpone.)

SARA. (No me ha conocido! Tanto mejor!)

AGENTE. Teneis la bondad de enseñarnos vuestro pasaporte?

AGOREFF. (Si pudiera averiguar...)

MIGUEL. Con mucho gusto. (Bajando la voz.) (Para todo el mundo soy Pedro Struk, mercader de lanas: para vos mirad.) (Le enseña un papel. El Agente se descubre y se inclina respetuosamente.) (Cubríos y no hagais la menor demostracion que pueda revelar mi verdadero nombre!)

AGOREFF. (Señales de respeto! Lo dicho, Sara, procura retener en tu memoria el semblante de ese hombre.)

SARA. (Grabado está en ella hace un año... Mirada franca, facciones correctas, expresion altiva; no es fácil que le olvide quien tanto ha pensado en él á todas horas!) (Se retiran casi al foro.)

MIGUEL. (Parece que esos egipcios me espiaban?... Aprension sin duda!) (Todos desaparecen de la vista del público.)

ESCENA XII.

MIGUEL, MARÍA sale con la mirada fija en el suelo: al llegar á la mitad de la escena se queda inmóvil y pensativa.

MUSICA.

MARIA.

Yo sola y sin guía
llegar no podré!

La vírgen del cielo
su amparo me dé!

MIGUEL. (Qué miro! María!
(Saliendo de la estacion.)
No hay duda, ella es!)

MARIA. (Qué miran mis ojos?)

MIGUEL. María!

MARIA. Miguel!

MIGUEL. Mi nombre no pronuncies!
silencio por favor!
que de una sola sílaba
pendiente está mi honor!

MARIA. El cielo mi plegaria
acoge con placer;
pues sólo tú en el mundo
mi amparo puedes ser.

MIGUEL. Te engañas, pobre niña!

MARIA. Sagrada es tu amistad!

MIGUEL. Qué buscas aquí sola?

MARIA. Alivio á mi orfandad!

MIGUEL. Qué dices! y tu madre?

MARIA. De pena ha muerto al fin,
y un árido desierto
el mundo es para mí!

—

Desde el dia
de agonía
que el destino
mi camino
de tu senda separó,
ni un momento
de contento,
de ternura
ó de ventura
mi existencia acaricio.
En Siberia,
entre miseria,

luto y llanto
que da espanto,
gime aquel que me dió el ser,
luz querida
de mi vida,
sus cadenas
y sus penas
compartir es mi deber.

—

MIGUEL. Podrán cerrarte el paso
la guerra, el hambre, el hielo!
MARIA. Valor no ha de faltarme
si no me falta el cielo!
MIGUEL. Mil leguas, pobre niña,
de frio y soledad!
MARIA. Más larga y más desierta
es siempre la orfandad!

—

Ni el hielo me asusta,
ni el hambre me aterra,
ni puede el trabajo
mi aliento vencer!
Mi padre me llama,
yo corro á su encuentro,
á darle mi vida
como hija y mujer.
MIGUEL. Tus ojos de cielo
retratan tu alma,
tu acento divino
mi ser conmovió,
mas sola en el mnndo
tendré que dejarte,
lo exige mi patria,
lo manda mi honor!

Á DUO.

MARIA.
Ni el hielo me asusta,..
etc.

MIGUEL.
Tus ojos de cielo...
etc.

HABLADO.

MARIA. Figúrate mi alegría al verte de camino y al pensar que puedes acompañarme algunos dias!

MIGUEL. Te equivocas, María: salgo de Moscow por breves horas y no puedo ir contigo!

MARIA. Miguel: mi pobre madre al morir se acordó de tí.

MIGUEL. Yo tambien la recuerdo: ella es, despues de mi madre, el ser que más me ha querido en el mundo!

MARIA. Ella... y yo, Miguel!

MIGUEL. Sé que siempre me has querido como á un hermano.

MARIA. Eso es... (Mísera de mí!)

MIGUEL. Cuando mi deber me alejaba de Moscow, siempre me despedía de vosotros; pero mi último viaje fué tan repentino, que no pude hacerlo. Ayer llegué y hoy parto de nuevo. ¿Quién me diría que al verte iba á encontrarte sola en el mundo?

MARIA. Por eso quiero reunirme con mi padre! Ya ves, Miguel, si álguien me amara se casaría conmigo, y quizá no saldría de Rusia; pero muerta mi madre, ¿qué hago yo aqui sola?

MIGUEL. Tienes razon!

MARIA. (Oh! que no lo sepa nunca!) De modo que ni siquiera puedes acompañarme algunas horas? Hay tanta gente! No he viajado nunca sola!

MIGUEL. (Hasta Nowgorod quizá es un bien ir acompañado. ¿Quién ha de sospechar al verme con una mujer, que llevo en mi pecho la salvacion de la patria?)

MARIA. (Reflexiona!)

MIGUEL. María, accedo á tu deseo. Hasta la feria de Nowgorod iremos juntos: desde allí es forzoso que nos separemos!

MARIA. No te pedía yo tanto: acepto tu brazo agradecida!

MIGUEL. No pronuncies sin embargo mi nombre en el camino, te lo ruego!

MARIA. Qué importa que mis labios no le pronuncien, si mi corazon lo sabe de memoria!

MIGUEL. (Pobre niña!) (Campanadas en la estacion: gran movimiento: música piano en la orquesta.)

VOZ. (Dentro.) Viajeros de Nowgorod! Al tren!

TODOS. Al tren! Al tren! (Se abren las puertas de los arcos y la multitud entra por ellos apiñada.)

ESCENA XIV.

DICHOS, SARA y AGOREFF, por la izquierda; AGENTES DE POLICÍA, CARRANZA y CANARD, saliendo del telégrafo.

CAR. Pero considere usted, mi querido Monsieur Canard, que en Siberia hace un frio de dos mil demonios!

CANARD. Yo no he venido á Rusia á tener calor! Yo recorro el mundo en busca de noticias! Ni pienso en los peligros, ni desisto jamás de mis propósitos. Soy breton.

CAR. Como si dijéramos... «Soy aragonés.» (Este hombre va á quitarme la gloria de ser yo solo el narrador de las brutalidades de los tártaros. Si yo pudiera convencerle!...) Monsieur Canard, con el apellido que le ha tocado á usted en suerte, nadie va á creer ni una sola palabra de todo cuanto usted describa.

CANARD. Hace cinco años que le estoy diciendo á la Europa entera que todos los españoles van á palacio vestidos de majo, y que todas las españolas llevan navaja en la liga, y la Europa se lo cree que es un gusto! (Segunda campanada en la estacion.) El segundo toque! ¿Dónde he puesto yo mi guía?

CAR. (Oh! si yo pudiera librarme de este rival de mi futura gloria!) (Mr. Canard abre su saco de noche y se inclina como para buscar alguna cosa.)

AGOREFF. (Señalando á Miguel.) (Ahora se dirige á la estacion! No está solo! Una mujer le acompaña! Ah! entónces no

puede ser él; me he equivocado.)

SARA. Le acompaña una mujer! Ántes estaba solo! La habla con cariño! No le pierdo de vista.)

CAR. (Oh! sí! indudablemente tiene algun parecido con las señas de ese coronel traidor que andan buscando! Es un ardid de guerra: audacia! (Hace señas á los agentes de policía.)

MUSICA.

CAR. Fijaos en ese hombre (Señalando á Canard.)
que á la Siberia va.
Aunque está disfrazado
se ve que es militar.

—

POLICIA. Es verdad!

—

CAR. Uno al pasar le ha dicho:
«á escape, coronel,»
y su apellido acaba
en *if*, en *of* ó en *ef*.

—

POLICIA. (Agoreff!)

—

SARA. (Aprisa, hermano mio!)
AGOREFF. (En salvo estamos ya!)
MIGUEL. (El cielo nos ampare!)
CAR. (Se hundió Mr. Canard.)
(Vánse todos corriendo á la estacion.)
CANARD. Corramos!
POLICIA. Alto aquí,
coronel Agoreff!
Date al punto á prision!
CANARD. Eso no puede ser!
POLICIA. Nos has hecho seguir
de tus pasos en pos:

si pretendes huir
te partimos en dos!

CANARD. Soy, señores, francés
y me llamo Canard:
va á partir el expres,
permitidme marchar.

—

POLICIA. (Apuntándole con los rewolvers y leyendo en el libro de memorias.)

«Muy rubio el cabello,
nariz aguileña,
delgado de cuello,
la cara risueña;
marcial apostura
y blanco el color.»
Oh dicha! Oh ventura!
Este es el traidor!

—

CANARD. Esto es un horror!

POLICIA. Este es el traidor!
Traidor! Traidor!

—

CANARD. Horror! horror!

—

POLICIA. Traidor!

(Tercera campanada en la estacion. Gran gritería. Silbido de la máquina: ruido del tren en marcha. La policía se lleva arrastrando á Canard. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO CUARTO.

LA CASA DE POSTAS.

Patio de una casa de Postas de los montes Urales. Mesa y bancos de madera. En la pared una carta geográfica. Al levantarse el telon el *Maestro de Postas* rodeado de los postillones lee un edicto.

ESCENA PRIMERA.

EL MAESTRO DE POSTAS, POSTILLONES.

Música sólo en la orquesta, que cesa al levantarse el telon.

HABLADO.

MAEST. (Leyendo.) «En nombre del Czar nuestro padre, emperador y autócrata de todas las Rusias, yo, el gobernador de *Verkho-Uralks*, ordeno y mando: Artículo 1.° »Se prohibe la salida de Rusia á todos los rusos que no

»tengan permiso especial del Czar. Artículo 2.° Se ex-»pulsa de la Rusia europea á todos los extranjeros, que »pueden, si lo desean, traspasar los montes Urales en »direccion á la Siberia, en el preciso término de cua-»renta y ocho horas.» Ya lo sabeis, muchachos, este es el edicto que el gobernador de la ciudad envia á todos los maestros de postas de la frontera, y de cuyo cumplimiento respondemos con nuestra cabeza. Fijadle ahí y estad dispuestos para cuanto ocurra. (Vánse los postillones.)

ESCENA II.

EL MAESTRO, á poco SARA y AGOREFF, vestidos como en el cuadro anterior.

MAEST. Malos dias nos esperan.

AGOREFF. Gracias á Dios!

SARA. Creí que no llegábamos nunca.

MAEST. (Dos extranjeros!)

AGOREFF. Eres el maestro de postas?

MAEST. Á vuestro servicio.

AGOREFF. Venimos de Verkho y queremos pasar la frontera.

MAEST. Conoceis el edicto?

AGOREFF. El mismo gobernador nos ha dado como extranjeros el pase para la Siberia. Mírale. (Entregándole un papel.)

MAEST. Está en regla. (Devolviéndosele despues de examinarle.)

AGOREFF. Qué carruajes tienes para atravesar los montes Urales?

MAEST. Á pie puedes atravesarlos cuando quieras, pero mis carruajes son para gentes de más alta condicion que la tuya.

AGOREFF. (Qué dice este hombre?)

SARA. (Calma!)

MAEST. Digo... que pudiera presentárseme un militar de alta graduacion, y un militar en Rusia es siempre más que un paisano.

AGOREFF. Piensas que lo ignoro? Pero tengo dos medios para que me sirvas. Uno pagarte tus carruajes á cuatro *kopeks*

por legua, en vez de dos que marca la tarifa, y otro esta *nakaica* que despierta los sentidos á la gente de tu ralea. (Amenazándole con el látigo.)

MAEST. Ah! (Es un gran señor sin duda!) Yo ignoraba...

AGOREFF. Qué carruajes tienes?

MAEST. Una berlina; una *terenta* y una *telega*.

AGOREFF. Que enganchen la berlina, vivo!!

SARA. (Hermano!)

MAEST. Al momento!

AGOREFF. Con los tres mejores caballos. Quiero estar en *Troitzk* ántes de cuatro horas.

MAEST. Pero no sabeis que ya en esa ciudad deben estar los tártaros?

AGOREFF. Esa es cuenta mia, imbécil! Tengo yo cara de miedo? Que enganchen al punto, si no quieres que te haga dar quinientos palos!

MAEST. (Es un militar sin duda.) Al momento! (Váse.)

ESCENA III.

SARA, AGOREFF.

AGOREFF. Lo ves? Es una ventaja viajar por un pueblo de esclavos.

SARA. Con todo... si averiguan quiénes somos...

AGOREFF. La suerte nos favorece, hermana, y al pasar esta maldita frontera, nos hallaremos fuera de todo peligro.

SARA. ¿Insistes, pues, en llegar á Irkoust?

AGOREFF. Dicen que la venganza es el placer de los dioses, y deseo, Sara, aunque sea por breves momentos, ser Dios. Iré á Irkouts, y el hermano del emperador perderá la cabeza y la ciudad que defiende con tanta bravura.

SARA. Nacida en las montañas del Cáucaso, soy, aunque rusa de nacimiento, circasiana de corazon. Tu misma sangre vengativa corre por mis venas: odio á muerte he jurado al enemigo de nuestra raza. Pero así como he jurado ser al lado tuyo el rayo de la guerra, no quiero que

se derrame en nuestro camino ni una sola gota de sangre inocente.

AGOREFF. Ah! Lo dices sin duda por ese hombre á quien no hemos perdido de vista desde Moscow? Que llegó á la feria de Nowgorod al mismo tiempo que nosotros; y al que pensaba cortar el paso á todo trance si llego á encontrarle cerca de esta casa de postas?

SARA. Por ese lo digo: ¿quién es ese hombre que tanto te amedrenta? ¿Qué te ha hecho?

AGOREFF. Sábelo pues. Si mi penetracion no me engaña, ese hombre puede ser nuestra ruina. Creo haberle visto en Moscow, en el mismo palacio del Czar. Es un siberiano natural de Omks y ejerce el empleo de capitan de los correos del emperador. Si es el mismo, debe ser portador de algun mensaje para el gran duque: y si llega á Irkouts ántes que nosotros, si hace que los cosacos del lago Baikal se reunan al ejército del gran duque y corten á los tártaros la retirada, ni uno solo de nosotros podrá quedar con vida!

SARA. Ese hombre tiene aspecto de comerciante: viaja ademas con una mujer, y mal podría desempeñar mision tan suprema con semejante compañía.

AGOREFF. Tú misma sabes que te engañas. Solo ha salido de Nowgorod: solo ha atravesado el Volga, y solo le hemos encontrado á la salida de Verkho.

SARA. Si es ruso, el edicto le impedirá traspasar los montes Urales.

AGOREFF. Á menos que no lleve un permiso especial del Czar.

SARA. Marchemos nosotros ántes que él y nada puede importarnos que sea el que te figuras.

AGOREFF. Ah! Una vez al otro lado de la frontera, el país es nuestro, y su muerte es segura!

SARA. (No le ponga Dios en nuestro camino!)

MIGUEL. (Dentro.) Hola! Maestro de postas! Aquí!

MAEST. Voy en seguida! (Dentro.)

MIGUEL. Gracias al cielo! (Entrando.)

SARA. (Ah! Él!)

AGOREFF. (Nuestro hombre!)
SARA. (Es preciso tener seguridad de que no te engañas.)
AGOREFF. (Pero si es él!)
SARA. (No á traicion! Cuerpo á cuerpo, brazo á brazo!)
AGOREFF. (Qué es esto?) (Mirando fijamente á Sara.)

ESCENA VI.

SARA, AGOREFF, MIGUEL con un POSTILLON.

MUSICA

MIGUEL. Mientras llega el Maestro,
sirve aquí una botella!
(El Postillon se va y vuelve á poco con botella y vaso.)
AGOREFF. (Habrá de ser muy diestro!)
SARA. (No viaja con ella!)
Dios guarde al viajero!
AGOREFF. Salud, buen mercader!
MIGUEL. (Otra vez los egipcios!
prudencia hay que tener!)

—

AGOREFF. (Si ese es el hombre que me figuro,
como valiente y militar,
no habrá remedio, por Dios te juro
que á mis insultos ha de saltar.)
SARA. (Su noble rostro, su altivo ceño
claro demuestran su condicion:
¿por qué en salvarle siento este empeño,
y se estremece mi corazon?)
MIGUEL. (Mis pasos siguen sin duda alguna,
peligro es éste que no pensé,
no haya en mi rostro señal ninguna
de que sus planes adiviné!)

—

AGOREFF. (Con aire insolente.)
¿Qué tal te fué en la feria,

mercadorcillo?

SARA. Poco equipaje llevas
en ese atillo.

AGOREFF. Sabes que eres un mozo
mal educado?

SARA. Contestar á un saludo
nadie ha negado!

MIGUEL. Puesto que mi persona
os es ajena,
seguid vuestro camino
en hora buena.
Que á quien niega saludo
y compañía,
respetar su silencio
es cortesía.

—

AGOREFF. La leccion no tolero! (Colérico.)

MIGUEL. No la toleres! (Levantándose.)

SARA. Nunca son reñidores
los mercaderes. (Con intencion.)

MIGUEL. (Tiene razon de sobra!
ya me vendía!) (Reportándose.)

AGOREFF. Qué respondes? (Amenazador.)

MIGUEL Me siento.

AGOREFF. Qué cobardía!!

MIGUEL. (El cielo me dé fuerzas!)
(Á Agoreff con humildad.)
Tienes razon!

SARA. (Mi voz contuvo á tiempo
su indiscrecion.)

AGOREFF. (Yo haré que al fin se venda!)

MICUEL. (Mordiéndose las manos de ira.)
(Suerte cruel!)

SARA. (La vergüenza le ahoga!
No hay duda, es él!)

—

AGOREFF. Nadie sentado y cubierto

ante esta mujer habló!
levántate y gorra en mano.

SARA. (Va á perderse!)

MIGUEL. (Levantándose como fuera de sí.)
(Vive Dios!)

SARA. La mujer siempre ha tenido
el derecho singular
de que el hombre la respete,
mercader ó militar. (Con intencion.)

MIGUEL. (Á Agorreff quitándose la gorra.)
Descubierto, en pié me tienes.

AGOREFF. Así quiero verte yo,
y te hubiera levantado
este látigo si no.
(Amenazándole con el látigo.)

MIGUEL. (Dios del Cielo!!)

SARA. (Es imposible
que se pueda contener!)

AGOREFF. Qué respondes? (Amenazándole.)

MIGUEL. Pobre hazaña
es pegar á un mercader!

AGOREFF. Más si fueras un soldado...

MIGUEL. Si lo fuera... ¡Vive Dios!!
ya un arroyo correría
con la sangre de los dos!
(Con energía salvaje.)

—

Mas soy un pobre (Conteniéndose.)
mísero esclavo,
y es tan humilde
mi condicion,
que si me infaman
y me atropellan,
beso la mano
de mi señor.

SARA. (Contemplándole con entusiasta admiracion.)
(Sus negros ojos

despiden rayos!)
Estremecida
finge su voz!
Fingir sufriendo
que es un cobarde...
sublime farsa!
raro valor!)

AGOREFF. (Es imposible
que sufra un bravo
tanta vergüenza!
tanto baldon!
Sin duda alguna
no es el que temo:
mi suspicacia
se equivocó!)

HABLADO.

MIGUEL. (Valor hasta el fin! Dios mio!)

SARA. (Ya estarás tranquilo, la prueba es segura!)

AGOREFF. (Á lo ménos lo parece.)

SARA. (Basta: alejémonos de aquí.) (Ap.) (Tiemblo á pesar mio; si ese hombre puede perdernos, ¿por qué no ayudo á mi hermano? ¿por qué se va tras de él mi vida entera?)

AGOREFF. Quédate, adios, buen hombre. Decididamente, para esclavo no tienes precio!

MIGUEL. Él os guíe, señor!

AGOREFF. Pues no está temblando? No he visto ser más cobarde que tú en el mundo!

SARA. (Oh!!)

MIGUEL. Vamos!

MAESTRO DE POSTAS. (Dentro.) ¡La berlina espera!

AGOREFF. (Marchemos, Sara; el emir nos aguarda!)

MIGUEL. (Ese hombre! ese hombre!!)

SARA. (Ap. con rapidez á Miguel.) (Sois un valiente!)

MIGUEL. (Ah!!) (Entre aterrado y gozoso.)

SARA. (Silencio!)

MIGUEL. (Gracias!) (Besándola la mano con rapidez.)

ESCENA V.

MICUEL, á poco el MAESTRO DE POSTAS.

MIGUEL. Mis sienes estallan! Mi cabeza arde! Jamás creí que pudiera sufrirse tanto! pero esa mujer me ha adivinado ¿Quién puede ser él? Algun espía tártaro! Ah! Qué idea! quizá ese Agoreff, jefe de la insurreccion! Á ver! Maestro de Postas!

MAEST. Qué se ofrece?

MIGUEL. Esos dos extranjeros que acaban de salir de aquí ¿quiénes son?

MAEST. Lo ignoro. Tienen su pase en regla. Pero y tú ¿quién eres para hacerme esas preguntas?

MIGUEL. Soy moscovita y quiero un carruaje para pasar la montaña.

MAEST. Conoces el edicto?

MICUEL. Perfectamente.

MAEST. ¿El permiso especial del Czar?

MIGUEL. Mírale. (Entregándosele.)

MAEST. «Pedro Struk, mercader de lanas.» Poca ganancia te espera. ¿No sabes que la Siberia está insurreccionada? ¿Ignoras que los tártaros han empezado su guerra santa con el saqueo y el incendio?

MIGUEL. Un carruaje!

MAEST. Prisa tienes! Sólo tengo una *terenta* y una *telega*.

MIGUEL. Elijo la primera. Necesito tus dos mejores caballos.

MAEST. Sólo me quedan tres. Escógelos tú mismo.

MIGUEL. Paga adelantada! (Dándole un bolsillo.)

MAEST. (Cinco rublos! Es un personaje!)

MIGUEL. Un postillon seguro!

MAEST. Elígele tambien tú mismo.

MIGUEL. Aguarda mi vuelta! (Váse por la izquierda.)

ESCENA VI.

MAESTRO, á poco MARÍA.

MAEST. En estos tiempos de revueltas, nunca sabe uno con quien habla.

MARIA. ¡Aquí es! La fatiga me rinde! Si conocen ya aqui el edicto estoy perdida!

MAEST. ¿Qué se ofrece, mozuela?

MARIA. El Maestro de postas?

MAEST. Con él hablas. ¿Qué quieres?

MARIA. Pasar la frontera.

MAEST. Á dónde vas?

MARIA. Á la Siberia.

MAEST. Eres moscovita?

MARIA. Nací en Moscow.

MAEST. Lee.

MARIA. Ya sé el edicto de memoria: pero considerad, señor, que mi padre me espera. Es un pobre desterrado que se halla trabajando en las minas y necesita los consuelos de su hija!

MAEST. Aléjate de aquí, si no quieres verte reducida á prision por el puesto de cosacos que rodea la casa!

MARIA. Madre mia de mi alma! Qué va á ser de mí!!

ESCENA VII.

DICHOS, MIGUEL.

MIGUEL. Ya he elegido el postillon y los caballos.

MARIA. Miguel!!

MIGUEL. (Otra vez tú? y pronunciando mi nombre! Quieres perderme?)

MARIA. (Perdóname y ampárame de nuevo! No quieren dejarme pasar la frontera!)

MIGUEL. (María: mi corazon se destroza, pero el deber me impide acompañarte!)

MARIA. (Yo no quiero que me acompañes! Yo no quiero que expongas por mí ni un solo instante de tu vida! Pero tú tienes poder para que me dejen pasar la frontera: pásala conmigo, y una vez al otro lado no me conozcas, no me ampares, aunque me veas morir de hambre y de fatiga!)

MAEST. (Mucho hablan para no conocerse.)

MIGUEL. (Imposible, María, imposible!)

MARIA. (Por tu madre bendita, que es lo que más quieres en el mundo, haz que me dejen libre el paso y no vuelvas á verme jamás!)

MIGUEL. Quizá te pierdo y me pierdes... pero el nombre de mi madre pronunciado por tus labios lo puede todo! Yo te acompañaré por los montes Urales. Una vez en Siberia no me conoces ni yo á tí, suceda lo que suceda. Si un dia salgo victorioso de la santa empresa que me guia, y tú has podido llegar al lado de tu padre, de él recibiré la mano que tu amor me ofrece, y de tí la felicidad que tu virtud me brinda.

MARIA. (Ah! Bendita seas!!)

MIGUEL. Esta jóven pasará conmigo la frontera! (Al Maestro de postas.)

MAEST. Imposible: tu permiso es personal, y ella no le tiene.

VOZ. (Dentro.) El carruaje enganchado!

MIGUEL. (Al Maestro.) Acércate y mira. Pero ten en cuenta que si una sola palabra sale de tus labios, la justicia del Czar caerá sobre tu cabeza. (Abriéndose el traje y enseñándole el pecho.)

MAEST. La placa de los generales del Czar!! Señor!!... (Aterrado y saludando.)

MIGUEL. Silencio! mis órdenes son sagradas y mi persona inviolable como la del mismo Emperador!

MAEST. Mi vida responde de mi silencio!

MARIA. La mia es tuya!

MICUEL. Dios nos proteja! (Vánse por la izquierda.)

MAEST. Él os acompañe! (Váse detrás de ellos por la izquierda.)

ESCENA VIII.

Pausa, á poco CARRANZA.

MUSICA.

CARRANZA.

Lo que vale España
y su hermoso sol
sólo en tierra extraña
sabe un español.

—

Si de ella se encuentra lejos,
dice «no puedo vivir;»
y cuando en España vive
dice siempre: «¡qué país!»
¡Cuánto palo; cuánto palo
merecía el macareno,
qué busque fuera lo malo
teniendo en caso lo bueno!!
Lo que vale España
y su hermoso sol
sólo en tierra extraña
sabe un español.

—

Cuando come uno treinta años
el cocido de Madrid,
daría treinta pucheros
por un plato de rosbiff;
pero en comiendo seis dias
un español sin cocido,
como no coma garbanzos
se cree que no ha comido.
Lo que vale España
y su hermoso sol
sólo en tierra extraña
sabe un español.

ESCENA IX.

DICHO y MR. CANARD.

HABLADO.

CANARD. Aquí es.
CARRANZA. Monsieur Canard!
CANARD. Carranza del alma mia!
CARRANZA. (Le soltó la policía!)
CANARD. No creí nunca llegar!
CARRANZA. Usted por aquí?
CANARD. Pues no!
CARRANZA. Cómo en el tren no le ví
ni en la feria!...
CANARD. Sí creí
perder el pellejo!
CARRANZA. Oh!
CANARD. En Moscow, me equivocaron
con un tuno: un coronel
sublevado...
CARRANZA. Ya!
CANARD. Y por él
á la cárcel me llevaron!
Gracias á mi Embajador
de la prision me ví fuera,
y he corrido á la frontera
á escape á más y mejor!
CARRANZA. Pues si en Madrid le echan mano,
por si es ó no el verdadero,
pasa usté en el Saladero
lo ménos todo un verano!
Qué lástima!
CANARD. Cómo?
CARRANZA. Nada.
Qué lástima de suceso!
(Le volveré á poner preso

á la primera jornada.)
Conque á la Siberia?

CANARD. Digo!
Hay noticias fehacientes
de que van los insurgentes
derrotando al enemigo!
Nadie se opone á su paso:
talan, incendian, destruyen,
y los pobres rusos huyen
ya de fracaso en fracaso.

CARRANZA. (Mucho sabe: yo le inmolo.)

CANARD. Y hay un emir Geofar
que para mandar ahorcar
dicen que se pinta solo!
Conque figúrese usté
si en mi cartera hay noticias!

CARRANZA. Amigo Canard! Albricias!
(Yo ántes que tú las daré.
Veremos quién corre más!...
He de sufrir con paciencia?...
Lo que es *La Correspondencia*
no se ha de quedar atrás!)
Dos carruajes! (Gritando.)

CANARD. Aprobado!

CARRANZA. (Si adelantarme pudiera!...)

CANARD. Y en pasando la frontera
cada uno por su lado!

ESCENA X.

DICHOS, el MAESTRO DE POSTAS.

MAESTRO. Qué ocurre? (Dos viajeros.)

CARRANZA. Dos carruajes! (Gritando.)

MAESTRO. ¿Por qué gritas?

CARRANZA. (Franqueza!)

MAESTRO. ¿Sois moscowitas?

CARRANZA. Nuestros pases. (Entregando cada uno su pase.)

MAESTRO. (Mirándolos y devolviéndoselos.) Ah! Extranjeros!
CANARD. Justo.
MAESTRO. Pues lo siento mucho!
No hay ya dos carruajes.
CARRANZA. Qué?
MAESTRO. Como ya dos alquilé,
sólo uno queda...
CARRANZA. Qué escucho?
MAESTRO. Y un solo caballo.
CARRANZA. Infierno!
CANARD. Pues juntos hay que marchar!
CARRANZA. (¿Pero voy yo á viajar
con este francés eterno?)
Aquí el primero que llega....
CANARD. Pero compañero mio!
MAESTRO. Que es excelente les fío
mi telega!
CARRANZA. Su *talega?*
MAESTRO. Telega se llama el coche:
si se dan prisa en marchar,
pueden los montes pasar
ántes que llegue la noche.
CARRANZA. (Herrar ó quitar el banco!)
Juntos vamos.
CANARD. Qué delicia!
CARRANZA. (Como escriba una noticia
le tiro por un barranco.)
CANARD. Que enganchen!
CARRANZA. (No hay quién resista!)
MAESTRO. Si es que quieren comer algo,
mientras enganchan yo salgo
á avisar; esa es la lista.
CANARD. Me parece bien pensado!
y aunque esta cocina rusa
es cara, mala y confusa,
tomaremos un bocado.
CARRANZA. Veamos pues: (Leyendo.) «Salmon frito

»en salsa de miel.»—Demonio!
«Sardinas al estramonio
»con relleno de cabrito!»

CANARD. «Besugo con zanahoria...»

CARRANZA. Jesús!

CANARD. «En salsa picante!»

CARRANZA. No hay estómago que aguante
semejante pepitoria!

CANARD. «Queso en estiercol salado.»

CARRANZA. Uy!!

CANARD. «Dulce de sesos.»

CARRANZA. Basta!!
Maldlta sea tu casta,
cocinero endemoniado!
¡Quién me diera en las Castillas,
para colmar mis deseos,
una sopa de fideos
y un plato de albondiguillas!

CANARD. Pero no comemos?

CARRANZA. Vamos!

CANARD. Y sin comer nos iremos?

CARRANZA. No diga usted *no comemos*,
diga usted *no reventamos?*
Maestro!!

MAESTRO. Vamos al punto!

CARRANZA. No se come aquí, que hay priesa.

MAESTRO. Esta es la telega.

(Sacan al foro el coche, que es un carreton muy bajo y estrecho. Con un caballo y un postillon montado en él.)

CARRANZA. Esa?

MAESTRO. Sí tal.

CARRANZA. Trastazos barrunto!
Espantoso carreton!

MAESTRO. Siete horas hay de camino.

CARRANZA. Metidos ahí! Asesino!

CANARD. Tengamos resignacion!

CARRANZA. La tengo; pero protesto;

pues no es fácil que á un cristiano
le quede ni un hueso sano
viajando en este cesto!

MAESTRO. Adentro, que el tiempo apura!

CANARD. Vehículo estrafalario!

CARRANZA. Este coche funerario
nos lleva á la sepultura!

MAESTRO. Este es el carruaje ruso
histórico y primitivo!

CARRANZA. Le elogia usted sin motivo:
el que talega le puso
conocía la materia!

MAESTRO. En este que ustedes van,
la *Princesa Keriian*
fué desterrada á Siberia.

CARRANZA. «Por fin encuentro un carruaje (Escribiendo.)
»entre banasta y tonel
»y medio prensado en él
»emprendo alegre el viaje.»

CANARD. «*Telega* es un charaban
»con cuatro yeguas inglesas,
»donde viajan las princesas
»cuando desterradas van.
»Como las destierran tanto,
»este, elegante y sencillo,
»no tiene un solo tornillo
»que no esté empapado en llanto.»

CARRANZA. En marcha! Una idea!

CANARD. Hay más?

CARRANZA. Yo escribo lo de adelante
y usted es narrador constante
de lo que pase detrás.

CANARD. Ya estamos empaquetados!

CARRANZA. Y en jaula como dos loros!
¿Dónde vamos? Á los toros!
¡Dios nos coja confesados! (Latigazos y parte la telega.)

MUTACION.

CUADRO QUINTO.

LOS MONTES URALES.

Vertientes occidentales del monte Ural. Algunas chozas de pastores tártaros en las cordilleras del fondo. Árboles rotos por el huracan, que presentan caprichosas formas. Es de noche. Las chozas de las pastores tiene cada una de ellas delante de la puerta una pequeña hoguera. Al levantarse el telon se ven cruzar por la escena hombres, mujeres y niños, figurando huir de los tártaros. Se oyen á lo lejos clarines de guerra, cuyo eco retumba en las concavidades de los barrancos. Los pastores se asoman á las puertas de sus chozas. Comienzan á asomar por todas partes los soldados tártaros, que llevan una lanza en la mano derecha y una antorcha en la otra.

ESCENA XI.

LOS TÁRTAROS.

CORO DE TÁRTAROS. Detrás de esas montañas
la Rusia está,
pueblo que á un Dios adora
que no es Alá.
La hueste vencedora
de Geofar,
irá á tierras extrañas
con el Koran.
La blanca nieve

en sangre roja,
tal vez en breve
se tornará:
si el Asia entera
su gente arroja,
gritando fiera
¡Alá! ¡Alá!
La guerra santa
comience ya!

ESCENA XII.

DICHOS, AGOREFF, SARA.

AGOREFF. Pastores de la Siberia
que entre vergüenza y miseria
vivís sin Dios y sin pan,
comience vuestra venganza
en la una mano la lanza
y en la otra mano el Koran!

TARTAROS. ¿Quién eres? ¿Quién eres?

AGOREFF. Venid acá.

TARTAROS. Responde, responde.

AGOREFF. Mirad!

(Quitándose el saco que cubre su traje riquísimo de general tártaro.)

SARA. Mirad!

(Id., descubriendo un traje tártaro de extraordinaria riqueza.)

TARTAROS. Tártaros son!
Un general!

AGOREFF. Soy Agoreff!

TARTAROS. Gracias á Alá!

—

AGOREFF. General me ha nombrado
el emir Geofar,
guerra eterna á la Rusia
aquí vengo á jurar!

Esterminio y saqueo
grita ya mi rencor.
El emir nos aguarda!
Vuestro jefe soy yo!

—

TARTAROS. Esta es la estrella
que aquí te guía?
AGOREFF. En ella hierve
la sangre mia!
SARA. Venga una tea!
Venga una lanza!
Yo soy el ángel
de la venganza!
Mi voz anuncia
la tempestad!
Tártaros mios!
Corred! Volad!

———

CANTO GUERRERO.

I.

Los montes se estremecen
al grito de la guerra,
la pobre madre tierra
su seno ve rasgar!
En pliegues mil se agita
la enseña negra y roja,
y el verde suelo moja
de tibia sangre un mar!
¡Hurra! Caballo mio!
suelta la crin!
¡Guerra al tirano impío!
Guerra sin fin!
¡Hurra, tártaros, hurra!
á pelear!
sea el grito de guerra

¡¡muera el Czar!!

—

TARTAROS. Hurra! tártaros, hurra! etc.

II.

SARA. Sin tregua es el combate!
horrible la pelea!
El cielo centellea
con hórrido fragor!
Las llamas del incendio
alumbran la jornada!
lo mano blande airada
el hierro matador!
Hurra!! Caballo mio!
Suelta la crin,
guerra al tirano impío! etc.
Alá! Alá!!
La guerra santa
comience ya!

—

AGOREFF. Alá! Alá!
La guerra santa
comience ya!

—

TARTAROS. Alá! Alá!
La guerra santa
comienza ya!

(Desapsrecen por los desfiladeros de la derecha, y se oyen su gritos salvajes. Queda el teatro algunos instantes solo.

ESCENA XIII.

MIGUEL, MARIA por la derecha.

MIGUEL. No hay nadie! Lleguemos.
MARIA. Miguel: ¿por qué has hecho volverse al carruaje?
MIGUEL. Porque sólo hasta aquí debemos ir juntos. Ese es el

monte Ural, y aquí empieza la Siberia. Tu corazon de ángel, tu alma de cielo te obligan á atravesarla para ir en busca de tu padre. El destino aparta mis pasos de los tuyos. Á tí te aguarda quizá el hambre y la mis eria, á mí la lucha y la muerte!

MARIA. Miguel! Miguel! ¿por qué nos separamos? (Se oyen de ntro los gritos de los tártaros.)

MIGUEL. Oyes aún á lo lejos esos cantos de guerra? Allí están mis enemigos: mil veces he de pasar entre ellos para cumplir una mision sagrada! Óyeme bien: si caes en poder de las hordas tártaras que infestan el país, yo no puedo salvarte: si crees que diciendo quien soy puedes librarme de la muerte, déjame morir sin pronunciar mi nombre! En el de Dios y en el de tu madre, júrame que en medio de los mayores peligros; que sufriendo los mayores tormentos, negarás siempre que me conoces!

MARIA Dime sólo sí me amas!

MIGUEL. La mágia de tu acento, la ternura de tus palabras y la belleza de tu alma han despertado mi corazon dormido; y el recuerdo encantador que mi memoria te consagraba ha crecido entre los riesgos y la intimidad de este viaje, trocándose en un cariño que bien pudiera ser amor, si así quieres llamarle. Ni tú ni yo somos hoy libres. Vamos á separarnos quizás para siempre! tu amor y el mio, no existen!

MARIA. Existen, como existe el sol, aunque las sombras de la noche nos le oculten. Por tu amor que hoy empieza: por el mio que no acabará nunca, te hago el juramento que hoy me pides. Mientras de él no me releves, ni te conozco, ni se quién eres, ni te he visto nunca! Adios Miguel! Él vaya en tu compañía!

MIGUEL. Espera. Quítate esa cruz que llevas al cuello; ponla sobre tu mano; deja que caiga sobre ella la mia. Esa cruz que une nuestras manos, une para siempre nuestras almas! Tuyo ó de nadie!

MARIA. Tuya para siempre! Adios! (Váse.)

ESCENA XIV.

MIUUEL solo.

MIGUEL. Ahora, valor! Los riesgos crecen; el pais está completamente dominado por la insurreccion. Es forzoso que llegue á Omsk sin perder tiempo. Pobre madre mia! qué ajena estarás de que tu hijo va á pasar á tu lado sin darte un solo beso! Examinemos el terreno!

ESCENA XV.

MIGUEL, SARA por la derecha.

SARA. (Ah! Él otra vez? Está perdido!!)

MIGUEL. (Una mujer!)

SARA. Yo soy!

MIGUEL. (La de la casa de postas!)

SARA. Huye! Tu muerte es segura! Sé quién eres! Al no dar una voz para que te detengan, comprometo mi vida, la de mi hermano, la de miles de seres que en mí confian! Pero no importa, tu vida ántes que todo!

MIGUEL. Dime tu nombre! tú me has comprendido! tú me salvas!

SARA. Y tú no me reconoces! Mírame bien!

MIGUEL. No recuerdo.

SARA. Yo en cambio no he dejado un solo momento de pensar en tí! pero el tiempo vuela, huye, Miguel!

MIGUEL. Ah! sabes mi nombre!

SARA. Miguel te llamas! yo Sara! Soy tu mortal enemiga para todo el mundo! Para tí solo, en voz baja... muy baja... sabe que te admiro desde la escena de la casa de postas, que te amo desde la noche de la catedral!

MIGUEL. Ah! eras tú!

SARA. Calla y huye! Llega á Yrkouts ántes que nosotros! Cércanos, mátanos; destruye por completo la libertad de la Siberia; inutiliza mi venganza! pero acuérdate de que

ha muerto por tí un pueblo entero y que la voz de Sara gritará en su última hora... «Miguel!—Acuérdate de mi!!»

MIGUEL. Sara!...

SARA. Huye ó mueres!!

MIGUEL. Adios!! (Váse.)

ESCENA XVI.

SARA, AGOREFF por la derecha.

AGOREFF. Dónde estabas? Ah! un hombre huye!

SARA. No es el que te figuras!

AGOREFF. Oh! Es él!! tú le has dejado escapar!!

SARA. No es cierto. Era un pastor!

AGOREFF. Júramelo!

SARA. Te lo juro! (Con un esfuerzo supremo.)

AGOREFF. No importa. Puede ser un espía!... Aquí!! (Llamando.)

SARA. Qué intentas? (Entran los tártaros.)

AGOREFF. Corred tras de aquel hombre! Va á pie; no puede escaparse!

SARA. (Dios del cielo!)

AGOREFF. Corramos tras él!!

SARA. (Ay de mí!!) (Todos huyen por la izquierda.)

ESCENA XVII.

Pausa. Aparece la telega que conduce á CARRANZA y CANARD, que baja por entre dos rocas.

CAR. Eh! Cuidado, postillon! que volcamos! que ya no tengo huesos!

CANARD. Que nos vamos á estrellar!

CAR. Pataplun!!

(El postillon corre con el caballo y el juego delantero; la telega rueda por el monte y caen á la escena los dos.)

CANARD. Ay!

CAR. Sí, ya lo decía yo! Si era imposible viajar en este barril de aceitunas!

CANARD. Calla. Y se va. Que nos quedamos aquí!
CAR. Buen viaje! Amigo mio, estoy destrozado!
CANARD. No puedo tenerme en pie! ¿Qué ruido es ese?
CAR. Aquí hay gente!

MUSICA.

En la orquesta; salen varios TÁRTAROS.

CAR. (Uf... qué fachas! Son los tártaros sin duda!)
TART. Prisioneros! Prisioneros!
CAR. Poco á poco! No somos militares, somos dos periodistas!
TART. Y qué haceis aquí?
CAR. Lo de costumbre en el oficio, meternos en lo que no nos importa!
TART. Al general!
OTROS. Á Omsk!
CAR. Pero señores, ¿y las leyes internacionales?
TART. No entendemos de leyes!
CAR. Calla! Lo mismo que en España! No lo van á creer cuando se lo escriba!

—

VOCES. (Dentro.) Alá! Alá!
La guerra santa
comienza ya!
TODOS. Alá! Alá!
La guerra santa
comienza ya!!

—

(Vánse los Tártaros corriendo, y llevándose á Carranza y Canard.)

MUTACION. (Transformacion á la vista.)

CUADRO SEXTO.

OMSK.

Gran plaza de la ciudad de Omsk: al fondo la fachada de la catedral, adornada con banderas tártaras, negras y encarnadas. Al pie de las gradas que conducen al templo un trono ó palanquin, hecho con tronquitos de madera blancos, negros y rojos. En el palanquin se halla el emir, rodeado de esclavos, que visten trajes orientales y agitan pebeteros de perfumes. Marcha en la orquesta y en la escena con banda militar. Desfile de tropas tártaras con largas trompetas negras y timbales estrechos. Despues de estos y delante de los guerreros, Agoreff y Sara, que se colocan á los dos lados del emir. Al final de la comitiva algunos rusos prisioneros, y despues entre soldados, Carranza y Canard. María sale despues, y al final, Miguel. Grupos de hombres y mujeres moscovitas en los primeros términos.

ESCENA XVIII.

EL EMIR, AGOREFF, SARA, MARÍA, MIGUEL, CARRANZA, CANARD, TÁRTAROS y MOSCOVITAS.

TARTAROS. El templo de Jesús.
(Cantando durante la marcha.)
mezquita es ya.
El libro de la luz
es el Koran!

—

MOSCOVITAS. (Esclavos del emir.

gemimos ya,
el Dios de nuestra fe
nos salvará.)

—

ESCLAVAS. (Esclavas del emir,
cantemos ya;
Atila vencedor
es Geofar!)

—

CANARD. (La cosa se arregló
bastante mal!)

CARRANZA. (Aquí hemos dado fin, (Id.)
Monsieur Canard!)

(Fin de la marcha.)

AGOREFF. Prisioneros y espías,
excelso emir,
de los montes Urales
te traigo aquí.
Permite que yo pueda
órdenes dar
para que su castigo
sea ejemplar.

—

(El emir hace señas á Agoreff, concediéndole lo que pide: este habla con cuatro tártaros, que salen por la izquierda con rapidez. Miéntras sacan á María de entre las mujeres y la traen al centro de la escena. Sara se aparta del palanquin y baja á contemplarla. Miguel permanece inmóvil con los brazos cruzados. Durante toda esta escena mímica, Carranza y Canard cantan.)

—

CANARD. (Por ser usted curioso,
amigo mio,
es fácil que en Siberia
le entierren vivo.)

CARRANZA. (En España con gusto
quedamos ciegos

si le saltan un ojo
al compañero.)

—

AGOREFF. Tú acompañabas á ese hombre
en la estacion de Moscow: (Á María.)
dínos su clase y su nombre
y libertad te doy yo.

MARIA. Nunca le he visto hasta ahora!

SARA. (Es que le ama ó es verdad?)

AGOREFF. Si su nombre no publicas
al harem del emir vas!

MARIA. (Ay de mí!) No le conozco!

SARA. (Cuenta con mi proteccion!
dímelo á mí sola... habla!)

MARIA. No sé quién es!

SARA. (Se salvó!)

—

AGOREFF. Si te importa esa mujer (Á Miguel.)
dí tu nombre.

MIGUEL. Pedro Struk.

AGOREFF. Ay si mientes! Al harem! (Á María.)

MIGUEL. (No me vendas ahora tú!)
(Poniendo la mano sobre su corazon.)

SARA. (No era ese hombre el que creías!)

AGOREFF. (Otra prueba buscaré!
madre tiene y aquí vive!)

SARA. (Oh! qué intentas?)

AGOREFF. (Calla y ve!)

—

(Los tártaros traen á Olga, mujer acomodada de Siberia, muy anciana, y la empujan al centro de la escena.)

TARTAROS. Aquí la traemos.

SARA. (Horrible crueldad!)

MIGUEL. (Ap. con un grito desgarrador.)
(Dios santo! Mi madre!!)

SARA. (Perdido está ya!)

(Sara aparte con rapidez mientras desatan á Olga, la dice.)

(Si á tu hijo reconoces
le matan sin piedad!)
Acércate y no tiembles,
y dínos la verdad.

AGOREFF. Si entre estos prisioneros
el hijo tuyo está,
señálale y al punto
quedais en libertad! (Pausa. Gran silencio.)

—

Por qué no respondes!

MIGUEL. (Bendita de Dios!)

SARA. (Se salva y le salva!)

AGOREFF. Temed mi furor!
¿No es esta tu madre,
Miguel Strogoff?

MIGUEL. Ni es ese mi nombre,
ni soy su hijo yo.

AGOREFF. Ay de tí si tú me vendes¡ (Á Sara.)

SARA. (Qué! Sospechas?)

AGOREFF. (No lo sé.)
Por espía y por rebelde
azotad á esa mujer!

TODOS. Oh!

SARA. Repara...

MICUEL. (Dios me olvida!)

AGOREFF. Azotadla sin piedad!

MARIA. (Vírgen santa!)

SARA. (Está perdido!)

AGOREFF. Pronto al suelo!

TODOS. Horror!!

(Levantan los látigos, y la arrojan al suelo para azotarla.)

MIGUEL. Atrás!!

Loco de furor se coloca en medio del proscenio al lado de Agoreff.)

Por perjuro á tu Dios!
por traidor á tu Czar,
coronel Agoreff,

(Arranca el látigo á uno de los tártaros.)
yo te cruzo la faz! (Le da un latigazo.)

—

TODOS. Ah!! (Cuadro escénico.)
TARTAROS. Muera al punto el traidor.
AGOREFF. Eres mio por fin!
MICUEL. Soy Miguel Strogoff
y mi sitio está aquí!
(Corre á su madre y la abraza formando un grupo.)

—

Madre del alma mia,
venga la muerte ya,
que en tus amantes brazos
gloria el morir será.
Llora en mi regazo,
pobre madre mia!
Dios armó mi brazo!
Dios me dió energía!
Si él no me abandona,
yo moriré aquí,
digno de mi patria
y digno de tí.

—

AGOREFF. (Ese latigazo
causa mi alegría;
cortará tu brazo
mi venganza fría;
no podrán salvarte
de tu muerte aquí,
ni traicion de Sara
ni piedad de mí!)
SARA. (Su valiente brazo
castigó al impío:
desde hoy le rechazo,
no es hermano mio.
Por salvar tu vida
yo te juro aquí

que ántes que tú mueras
moriré por tí!)

MARIA. (Por el santo lazo
que mi dicha hacía
mi postrer abrazo
mi dolor te envía
sola ya en el mundo,
pues mi bien perdí,
mi postrer suspiro
lanzaré por tí!)

—

CARRARZA y CANARD. (Ese latigazo
me causó alegría;
el coronelazo
¡qué cará tenía!
Ay Miguel! si llega
á salir de aquí
La Correspondencia, El Journal de Nimes
hablará de tí.)

TARTAROS. Á tu cuello un lazo,
maldecido espía,
de tu vida el plazo
al rayar el dia
cortará iracundo
nuestro jefe aquí,
y tu infame madre
te verá morir!

—

CORO DE MOSCOVITAS. (Dios armó su brazo!
Dios le dió energía!
Él acorte el plazo
de nuestra agonía!
y si al cabo mueres,
por tu patria aquí,
tendrá la Siberia
un mártir en tí!)

(Los tártaros rodean á Miguel; le registran; sacan el pliego que le dió el Emperador en el primer acto y se le entregan á Agoreff. Cada uno expresa los sentimientos que le agitan. Los tártaros se llevan casi arrastrando á los prisioneros. El emir baja del trono. Cuadro final.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO SÉTIMO.

L. S.

Vivak tártaro en las cercanías de Omsk. Á la derecha una tienda de campaña, cuyas dos terceras partes están en el teatro y cuya última figura estar entre bastidores. Delante del lienzo que constituye la puerta y está corrido, un grupo de soldados tártaros. Á la izquierda, en segundo término, otro grupo de los mismos calentándose alrededor de una fogata. Á lo lejos centinelas. Á poco de empezar la introduccion en la orquesta, se oye el canto de los tártaros ántes de alzarse el telon.

ESCENA PRIMERA.

LOS TÁRTAROS, á poco AGOREFF, por la izquierda.

MÚSICA.

TARTAROS. La noche silenciosa
tocando va á su fin,
anuncie el nuevo dia

el eco del clarin. (Clarin dentro.)

(Se levanta el telon.)

Vigile el centinela
el campo y el vivak!
Prepárense las armas,
que el dia apunta ya!
Centinela alerta!

CENTINELA. Alerta está!
(Más lejos.) Alerta está!
(Más lejos.) Alerta está!

(Agoreff aparece envuelto en una capa larga.)

TARTAROS. Quién va?
OTROS. Quién va!! (Más cerca.)
AGOREFF. Yo soy! (Descubriéndose.)
TARTAROS. El general! (Se apartan con respeto.)

—

AGOREFF. Yace aún la tierra envuelta
entre la sombra fria!
La aurora aún no me envía
su brillo precursor!
Sobre la tierra oscura,
oh sol! tus rayos lanza
y alumbra mi venganza
y enciende mi rencor!

(Descorre la cortina de la tienda y se ve á María arrodillada delante de Miguel.)

MARIA. (Dentro de la tienda.)

¡Vírgen inmaculada
de tierra y mar, Señora,
recibe con la aurora
mi férvida oracion!
Aparta de él el rayo
de la venganza impía,
y al desdichado envía
su santa bendicion!

—

TARTAROS. (Desde el foro.) La noche silenciosa

tocando va á su fin,
anuncie el nuevo dia
el eco del clarin!

—

AGOREFF. Vigile el centinela
el campo y el vivak,
prepárense las armas,
que el dia apunta ya!
¡Centinela, alerta!

CENTINELA. ¡Alerta está!
(Más lejos.) ¡Alerta está!
(Más lejos.) ¡Alerta está!

HABLADO.

AGOREFF. Bien haces en rezar si es por ese hombre! (Cierra la tienda.)

ESCENA II.

AGOREFF y SARA, con un capuchon oscuro y largo que la cubre hasta los piés.

SARA. Aquí es!

TART. Quién va! (Acercándose.)

SARA. Tú? Lo presumía! (Viendo á Agoreff.)

AGOREFF. Alejaos! (Á los tártaros, que le obedecen.) Tambien yo contaba con tu venida y con tu traicion! Por eso he llegado ántes que tú!

SARA. Agoreff! este momento es solemne para los dos!

AGOREFF. Cuenta con tus palabras, Sara. Hasta ayer has sido la única persona en el mundo que ha doblegado mi carácter de hierro. Sin padres desde nuestra infancia, juntos hemos vivido en la fortuna y en la míseria; juntos hemos llorado en el destierro; juntos hemos fraguado nuestra venganza, y unidos debíamos gozar de nuestro

triunfo! Un sentimiento inexplicable, una debilidad inconcebible de tu alma te ha hecho renegar de tu sangre. Sea esta la última vez que te oigo si vienes á hablarme de perdon y de misericordia! (Pausa.)

—

SARA. Quizá otra mujer sabría
con su femenil instinto,
pintar de color distinto
tu situacion y la mia:
quizá fuera mejor hecho
y causará ménos daño,
ocultar con un engaño
la tempestad de mi pecho:
pero yo no sé fingir
ni mi amor quiero ocultar,
tú buscas gloria en matar,
yo la alcanzaré en morir.
Tu hermana soy! Si hasta ayer
mi corazon vivió en calma,
sin que agitaran mi alma
los sueños de la mujer.
Si sólo para el rencor
era este recinto estrecho
porque no alumbró mi pecho
la centella del amor,
hoy no puedes ser mi juez,
porque ignoras, pobre ciego,
lo que es un alma de fuego
que ama por primera vez.
Trae tu mano mal segura
y siente el rudo combate
de este corazon que late
por romper su cárcel dura!
Advierte en cada latido
cómo palpita sin calma,
ó cómo al fondo del alma
se retira estremecido;

y allí contento y ufano
á amar á ese hombre se entrega
muy adentro... donde llega
sólo el pensamiento humano!
donde ese amor inmortal
parece en su pura calma
como un perfume del alma
ó una esencia celestial!
¿Qué sabes tú, pobre loco,
lo que es un amor primero,
si hasta el universo entero
para él me parece poco?

AGOREFF. Esa pasion insensata
¿dónde ni cómo ha nacido?

SARA. Cuando oyes del trueno el ruido
es despues que el rayo mata!
(Cogiéndole de la mano y bajándole al proscenio.)
Era una noche sombría;
yo en Moscow sola, tú errante,
de rezar por tí un instante
de la catedral salía.
Al bajar sus santas gradas
mi plantas se detuvieron,
pensando en tí se perdieron
en el cielo mis miradas,
y de mis ojos cansados
el llanto ardiente corría,
mientras del cielo caía
la nieve en copos helados.
Inmóvil vine á quedar
cuando de pronto sentí
un hombre cerca de mí
y una mano en mi collar.
Aún el recuerdo me espanta,
que aquella mano grosera
rompía de igual manera
el collar que la garganta.

De pronto, en la bruma espesa
surgió para mi ventura
una arrogante figura
que aún está en mi mente impresa.
Brilló un acero, miré,
sobre aquel hombre cayó,
la mano el collar soltó,
se oyó un grito... y respiré!
La sangre á mis piés corría,
el ladron su alma exhalaba,
el libertador callaba,
la nieve nos envolvía.
«Por esa calle ligera
huid,» me dijo su acento.
Yo le contemplé un momento...

AGOREFF. Era Miguel!

SARA. Miguel era!
desde aquel dia, su faz
grabada como su accion,
vivía en mi corazon
en dulce y amante paz.
Yo hasta ignoraba su nombre
y á verle vuelto no había,
hasta aquel dichoso dia
que dijiste: «mira á ese hombre.»
Le reconocí... callé!
ví que su vida jugaba;
pero si hasta ayer le amaba,
ayer en Omsk le admiré.
Su indignacion y su ira
aún me estremece y me espanta!
¡Bien haya la madre santa
que tal sentimiento inspira!
¡Bendita mil veces yo
que le he llegado á querer,
y bendita la mujer
que en su seno le llevó!

AGOREFF. (Señalándose el rostro.) Ves esta mancha roja!?
pues esta su vida acorta!
SARA. Bien, mátale! qué me importa?
si vengo á morir con él!
AGOREFF. Pero sabes tú siquiera
si él tu amor ha adivinado?
Si sería bien pagado
tu amor si él le conociera?
SARA. Lo que por él siento en mí
ni yo descifrar espero.
Le quiero... porque le quiero,
no porque él me quiera á mí!
AGOREFE. Loca estás!
SARA. Estaré loca.
¿Y qué ménos puede hacer
por ese hombre esta mujer
si tu ira la provoca?
AGOREFF. Necia! bendice á los cielos
porque otra mujer querida,
es el alma de su vida!
Tienes amor? Pues ten celos!
SARA. Qué dices? su odio te inspira!
AGOREFF. Es que el amor no me ciega!
SARA. Su madre...
AGOREFF. Otra mujer... llega!
SARA. Otra mujer?
AGOREFF. Llega y mira!

(Descorre la cortina de la tienda. Se ve el mismo grupo anterior.)

SARA. Qué es eso?
AGOREFF. Qué? No la ves?
Es la que le acompañaba
en Moscow. La que negaba
conocerle. Está á sus piés!
Reza por él con fervor!
Él la contempla y la adora!
SARA. Ah!! (Retrocediendo.)

AGOREFF. Tienes celos? Ahora (Bajando la cortina.)
ya sabes lo que es amor!
SARA. Si esta tortura cruel
se trueca en hecho seguro,
no habrá piedad ¡te lo juro!
AGOREFF. Para ella!
SARA. Para él!
AGOREFF. Ah!... (Despertó la leona!)
SARA. Si se aman... ¡maldita estrella!
déjame á solas con ella!
AGOREFF. Voy!...
(Se acerca á un tártaro y le habla. Éste entra en la tienda.)
SARA. El cielo me abandona!
TARTARO Te espera el emir! (Á Agoreff.)
AGOREFF. Te sigo! (Al tártaro.)
Júrame que aguardarás
mi vuelta!
SARA. Aquí me tendrás!
AGOREFF. Y ese hombre? (Por Miguel.)
SARA. Estará conmigo!
Siempre á mi juramento fiel
ha sido Sara!
AGOREFF. Es verdad!
SARA. Ó con él en libertad...
AGOREFF. Nunca!
SARA. Ó muerta aquí con él!
(Váse Agoreff. Sale de la tienda un tártaro con María. Los demas tártaros se apartan, ménos los que quedan cerca de la tienda.)

ESCENA III.

SARA, MARÍA.

MUSICA.

SARA. Acércate!

MARIA. Quién eres?
SARA. Quien hoy salvarte jura.
MARIA. Mi muerte nada importa!
SARA. Te engaña tu locura!
MARIA. Seguir con gozo anhelo
la suerte de Miguel!
SARA. Pendiente de tus labios
su vida tiene él!
MARIA. (Duerme entónces, amor mio,
en tu cárcel solitaria;
ni una voz, ni una plegaria
de mis labios salga ya!
Salva al dueño de tu vida
y evapórese tu queja
como acento que se aleja,
como nube que se va!)
SARA. (Si se aleja de su lado
no es precisa mi venganza.
¡Venturosa la esperanza
en mi pecho alienta ya!
Brille en mi alma enamorada
de su amor el claro anhelo
como el sol brilla en el cielo
tras la negra tempestad!)

—

Franco necesito
que tu acento sea!
MARIA. Pues tambien mi labio
la verdad desea!
SARA. ¿Ese hombre te quiere?
MARIA. Como le amo yo!
SARA. Si tu amor declaras
hoy morir esperas!
MARIA. Si cual yo le amaras
con placer murieras!
SARA. Salva tu existencia!
MARIA. Sin la suya no!

—

Deja que sufra
la misma suerte
del que á la muerte
dispuesto está.
Mi boca amante
en tal momento
su último acento
recogerá!

SARA. (Ántes que un beso
le dé tu boca,
yo amante y loca
te mataré!)
Tú lo has querido!
Vuelve á la tienda!
(¡Ay del que ofenda
mi amante fe!)

(Descorre la cortina. Empuja á María hácia la tienda. Hace señas á un tártaro para que desate á Miguel. Éste sale al proscenio con dignidad y entereza. Sara le contempla un momento.)

ESCENA IV.

SARA, MIGUEL.

HABLADO.

SARA. Perdido estás!
MIGUEL. Lo sabía!
SARA. Tu muerte es segura!
MIGUEL. Oh!
al alzar la mano mia
que al vil Agoreff hería
mi venganza me la dió.
SARA. De Moscow en el recinto
te reconoció Agoreff
bajo tu traje distinto;
y yo con mi amante instinto

logré salvarte una vez.
Otra y otra en su camino
viniste de nuevo á dar,
Miguel!

MIGUEL. Sería mi sino!

SARA. Yo lucho contra el destino
y aún hoy te quiero salvar.
Desde el dia que te ví
culto amante te rendí
en mi alma agradecida.
¿Por qué salvaste mi vida
y por qué te conocí?
Mi amor es noble y leal;
puro brilla en el cristal
de mis amantes miradas,
como nacido en las gradas
de la santa catedral.
Tu muerte anhela mi hermano
en su rencor sobrehumano;
mas yo pienso en aquel dia!
tú me tendiste tu mano
y yo te traigo la mia!

MIGUEL. Qué es lo que quieres de mí?

SARA. Una pregunta no más.
¿Á otra mujer amas?

MIGUEL. Sí!

SARA. Ve... que matándome estás!

MIGUEL. Qué quieres? Nunca mentí!

SARA. Si arde de la Rusia el suelo;
si siembro el luto y el duelo
por mi traicion vergonzosa,
es que anhelo ser tu esposa
en la tierra y en el cielo!

MIGUEL. Otra mujer en mí fía!

SARA. Yo salvarla te prometo!

MIGUEL. En mi amor ve su alegría!
Mi porvenir va sujeto

al porvenir de María.
Y hoy la muerte es mi ventura
ya que hizo mi voz perjura
traicion á mi soberano.

SARA. Yo quiero tu vida!

MIGUEL. En vano
tu amor salvarme procura!
¿No ves que tan vil he sido
que he publicado mi nombre,
y que á mi Czar he vendido,
y que á mi patria he perdido
por no saber ser un hombre?
Cumpliendo con mi deber
yo debí impasible ver
aun de mi madre la muerte!
Yo le juré al Czar ser fuerte...
llegar á Irkouts y vencer!
Maldita la sangre mia
si á tu acento el alma cede!
Yo no he de vivir ni un dia,
que sólo la muerte puede
disculpar mi cobardía!
Oh! si mi madre supiera
que por ella perdí entera
mi honra, en que tanto se ufana,
mi madre me maldijera
como la historia mañana!
Huye! déjame aspirar
del suplicio el aire impuro!
que así merece acabar...
el vil que ha sido perjuro
á su patria y á su Czar! (Llorando.)

SARA. Poco á mi alma estremecida
le es ya salvarte la vida!
tu honra es la mia tambien!
Habrá más sangre vertida...
pero no importa... oye!... ven!

(Con rápida agitacion, pero muy claro.)
El pliego que en tu seno
llevabas al gran duque,
fingiéndose tú mismo
mi hermano va á entregar.
Las tropas que debieran
volar á su socorro,
serán los mismos tártaros
que á darle muerte van!
Yo parto con mi hermano
cambiando aquí de traje,
dilato la llegada
no sé con qué invencion,
jugando aquí mi vida
te libro... corres... llegas...
pero ántes que nosotros!
que esa es tu salvacion.
El duque prevenido
rechaza la sorpresa;
mi hermano y yo caemos
sin vida y sin honor.
Tu honra está salvada;
pero sabrás entónces
si esa mujer que adoras
te quiere más que yo!

MIGUEL. Tu santo sacrificio
rechazo desde ahora;
mi causa está perdida,
morir es mi deber!
Cobarde soy si acepto
la vida que me ofreces!
si muero soy un mártir
y mártir quiero ser!

SARA. La patria te lo manda!

MIGUEL. No quiere hijos infames!

SARA. Mi vida nada importa.

MIGUEL. No es vil mi corazon.

SARA. Tu madre te lo ruega.

MIGUEL. Te engañas, Sara mia!

SARA. Mia me has dicho, ¡gracias!

MIGUEL. (Con ansiedad al ver á Agoreff.) Tu hermano!

SARA. (Se queda inmóvil.) Maldicion!...

ESCENA V.

DICHOS, AGOREFF, con un traje de cazadores de la guardia del Czar.

SARA. (Calla!) Vuelve á tu tienda al punto, y no esperes de mí que muera aquí contigo esa mujer á quien amas. Tú la verás libre, mientras que se ceba mi venganza en tu pecho ingrato... Ah! eres tú... (Á Agoreff.) (Es cierto que se aman!)

AGOREFF. (Qué has decidido?)

SARA. Vengarme!

AGOREFF. Ántes que yo parta á Irkouts lo habrás conseguido!

SARA. (Dios santo... inspírame!) (Vuelve Miguel á la tienda, que queda descubierta. María se acerca á él.)

ESCENA VI.

DICHOS, y en la tienda MARÍA, CANARD, CARRANZA y PRISIONEROS RUSOS.

AGOREFF. Miguel Strogoff, ha sonado tu última hora! Este traje de cazador de la guardia del Czar te anuncia que yo con tu nombre, voy á ser portador de tu mensaje al gran duque. Él engañado, esperará la llegada de los cosacos del lago Baikal, y cuando abra las puertas de Irkouts á los que cree sus amigos, mis tártaros disfrazados darán cuenta de su vida y de su ciudad!

MIGUEL. ¡Maldito yo, que no he sabido morir callando!

SARA. Agoreff! yo te acompaño!

AGOREFF. Tú!

SARA. Sí; quiero compartir tu venganza como he compartido

tu destierro. Yo me vestiré un traje como el tuyo y pasaré á los ojos del gran duque por un jóven ayudante del Czar! Aquí castigamos á los traidores, y allí vencemos á los enemigos!

AGOREFF. Pláceme verte como siempre, Sara!

SARA. Perdona á mi necio corazon su debilidad de un momento. Ordena el suplicio de los prisioneros, y marchemos al punto!

CAR. Poco á poco! Señores! (Hasta ahora no le ha visto el público.)

CANARD. Qué va usted á hacer, compañero?

CAR. Á hablar hasta que se me caiga la campanilla! Ni este señor ni yo tenemos nada que ver con los rusos ni con la guerra santa! Aquí están nuestros papeles! Miradlos, y vereis... como somos dos extranjeros: dos periodistas que representan á dos paises amigos, y que no quieren ser enterrados vivos como estos desgraciados! (Los tártaros han cogido sus papeles y se los han entregado á Agoreff, que ha estado leyéndolos.)

AGOREFF. Tiene razon: soltadlos!

CAR. Ay qué gusto!! (Saltando en cuanto le sueltan y saliendo de la tienda.)

AGOREFF. Quién es el francés?

CANARD. Servidor de ustted, Monsieur Canard!

AGOREFF. Qué librito es este?

CANARD. Donde apunto todas mis notas sobre la guerra, que por curiosidad tan solo he venido á presenciar!

AGOREFF. «El coronel Agoreff...» (Leyendo.)

CAR. (Malo me he puesto!)

AGOREFF. «Es un sujeto amabilítimo con quien me equivocaron á la salida de Moscow, y por el cual estuve preso dos dias. Acusado injustamente de traicion por el Czar, es el jefe de los valientes tártaros.» Eres libre! (Á Canard.)

CANARD. (Ap. á Carranza.) (Ve usted, amigo mio, cómo es una gran cosa escribir siempre lo contrario de lo que se piensa?)

AGOREFF. Y tú quién eres?

CAR. Español. Nacido en España! Un país muy tranquilo que

está aquí... á la vuelta! Entre los Pirineos y el estrecho de Gibraltar!

AGOREFF. (Á los tártaros.) Ya sabeis que cuando el emir perdona á un sentenciado á muerte, entrega al que quiere salvar una uña de águila real con dos iniciales grabadas en ella. Una L y una S.

SARA. Que quiere decir: ¡LIBRE SEA!

AGOREFF. Cierto! Esos dos hombres lo están desde ahora! Tomad. (Les entrega dos talismanes.) Idos cuando gusteis, y con esos talismanes los tártaros no os detendrán en vuestro camino; pero decid en Rusia que el coronel Agoreff es dueño de toda la Siberia!

CANARD. (No paro hasta Moscow!) (Sigue hablando con Agoreff y Sara.)

CAR. Voy por mi lío! (Entra en la tienda.) Compañeros! lo siento mucho! pero no quiero que *La Correspondencia* anuncie mi muerte ántes de tiempo, y me largo.

MIGUEL. Id con Dios!

CAR. Miguel Strogoff, ayer admiré vuestro valor y vuestra piedad filial.—Puedo serviros en algo?

MIGUEL. (Ap.) (Quereis salvar á la Rusia?)

CAR. Hombre... con franqueza, á mí la Rusia me importa tres cominos; pero si quereis vos algo de mí... decidlo!...

MIGUEL. Quiero morir bendiciéndoos!

CAR. Qué es preciso hacer para recibir esas bendiciones?

MIGUEL. (Acercaos para abrazarme.)

CAR. (Alto.) Ea! recibid mi último abrazo! (Se abrazan.)

MIGUEL. (Ap.) (Tomad un caballo! Reventadle si es preciso. Llegad á Irkouts, preguntad por el gran duque y entregadle estos renglones trazados esta noche por mí con mi propia sangre!

CAR. La cosa urge?

MIGUEL. Si llegais ántes que Agoreff, nuestro Dios triunfa; si llegais tarde, Alá será el Dios de la Rusia!

CAR. La empresa es loca y temeraria, pero por lo mismo es digna de un español!

MIGUEL. Por España!

CAR. Hecho! ó me cuelgan ó llego!) (Alto.) Adios para siempre, Miguel! Señores! Hasta el valle de Josafat!

CANARD. Marchemos! (Á Carranza.)

CAR. Basta de compañía! Cada uno por su lado!

CANARD. (Á la frontera!)

CAR. (Á Irkouts!) (Vánse.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos CANARD y CARRANZA.

AGOREFF. (Á Sara.) Dicta tú misma, en nombre del emir, la sentencia de esos mirables!

SARA. (Valor!) Esos hombres serán enterrados vivos como es costumbre!

AGOREFF. Y esa mujer? (Por María.)

SARA. Tú has dudado de mí? Oye! Soltad á esa mujer. Ven acá. (Los tártaros desatan á María, que baja al proscenio.) Dale uno de esos talismanes que conceden la vida!

AGOREFF. La perdonas? Tú?

SARA. (Á María.) Tú verás el suplicio de los prisioneros. Detenedla aquí hasta que todos queden sepultados en la tierra y con la cabeza fuera para ser pasto de los buitres blancos de las montañas! Al levantar vosotros el campo para reuniros con vuestros hermanos en las márgenes del lago Baikal, dejadla en libertad para que pueda contar á la madre de Miguel Strogoff cómo ha muerto su hijo!

AGOREFF. Ahora te reconozco. Toma, eres libre! (Ofreciendo el talisman á María.)

MARIA. Maldita tú que te gozas en la desesperacion de las madres! Maldita de Dios mil veces, que juegas con el corazon de los que aman!

SARA. (Con rapidez, mientras Agoreff habla con los tártaros.) (Calla y toma! El talisman tuyo es para salvarle! Á él se le entregas. Si él vive, yo muero: así me vengo!)

MARIA. (Tú le amas!

SARA. Más que tú si no le salvas!) Adios, Miguel! Mi herma-

no y yo llevamos tu mensaje! El gran Duque va á morir! Reza por él y por tí tu última oracion!

AGOREFF. Corramos: Sara!

SARA. (Dios mio! que lleguemos tarde!!) (Vánse. Pausa.)

MARIA. (Ah! Corren; están lejos!...)

TART. Á morir! prisioneros!

MARIA. Espera! ¿Ves á ese hombre? (Señalando á Miguel.)

TART. Sí.

MARIA. En nombre del Emir... ¡LIBRE SEA! (Entregando el talisman. El tártaro se inclina.)

MIGUEL. ¡María! Madre de mi alma! Que llegue á tiempo!

MUTACION.

Música en la orquesta.

CUADRO OCTAVO.

EL REDUCTO.

Reducto militar cerca de Irkouts y á la orilla del lago Baikal. Sobre la plataforma el Gran Duque y oficiales rusos. Es de dia. Cesa la música poco á poco en la orquesta.

ESCENA VIII.

EL GRAN DUQUE y OFICIALES COSACOS mirando por entre las fortificaciones con anteojos de campaña.

HABLADO.

DUQUE. Nada. Esta situacion no puede prolongarse! Tres emisarios muertos sin llegar á la otra orilla del lago! Cercados completamente por tierra, nuestra salvacion con-

sistía en que las tropas rusas que guarnecen constantemente el lago Baikal en su márgen derecha, pudieran socorrernos por agua! Pero toda esperanza es inútil! El lago tiene por este sitio diez y siete leguas de ancho, y su superficie, que empieza á helarse, podrá servir pronto de camino franco para que los tártaros nos ataquen! Desgraciados entónces de nosotros!

OFIC. ¡Una vela! (Todos los Oficiales le rodean.)

DUQUE. Coronel Vatrik ¿qué ocurre?

OFIC. (Mirando.) Nos hace señas un hombre, de pie sobre la proa de un bote! Es un militar!

DUQUE. Son dos! y visten el uniforme de cazadores de la guardia del emperador!

CORONEL. No hay duda! Son rusos!!

DUQUE. Atracan al pié de la poterna que sirve de cimiento á este reducto, y cuyo subterráneo, que comunica con la ciudad, es nuestra única salvacion, y nuestro camino oculto á las miradas del enemigo!

CORONEL. Subid por la escalera tallada en la roca!

DUQUE. Valor! y Dios os ayude! (Pausa.)

ESCENA IX.

DICHOS, AGOREFF y SARA, vestidos de cazadores de la guardia, y detrás de ellos cuatro tártaros disfrazados de marineros.

AGOREFF. Él sea loado! ¿Quién de vosotros es el Gran Duque, hermano del Czar, mi amo y señor?

DUQUE. Yo soy!

SARA. (Si somos los primeros en llegar, Miguel ha muerto!)

AGOREFF. El cielo me ha dejado llegar hasta tí!

DUQUE. Quién eres?

AGOREFF. Un enviado del emperador. Esta placa te dice mi grado. Este pliego te explica mi llegada.

DUQUE. La placa de los generales del Czar! Señores, acercaos! Un pliego del Emperador! (Le coloca sobre su cabeza y le besa despues. Todos se descubren y cercan á Agoreff y Sara mientras el Gran Duque lee el pliego.)

AGOREFF. Rodeados de continuos peligros mi jóven ayudante y yo, hemos atravesado gran parte de la Siberia para llegar á Irkouts. Hemos visto las fuerzas tártaras que cercan la ciudad hace treinta dias, rechazadas constantemente por vuestro heróico valor, y hemos venido por el lago para no caer en sus manos!

DUQUE. Albricias! Señores! En este pliego bendito el Czar me manda que defienda la ciudad que me está confiada, hasta el último trance: seguro de que por las instrucciones secretas que tiene su enviado, todos los destacamentos de cosacos que forman el ejército del lago Baikal, vendrán á socorrernos.

AGOREFF. Esas instrucciones secretas ya están cumplidas! Mientras yo llegaba disfrazado á Yurkis, mi ayudante, disfrazado tambien, ha llevado la órden á los destacamentos. Oid, señores. Esta misma noche unos en barcas, otros á nado, y la mayor parte arrastrándose sobre los témpanos de hielo, llegarán todos al pie de este reducto. ¿No hay un camino seguro que conduzca á la ciudad sin que esas tropas puedan ser vistas por los vigías tártaros que cercan á Irkouts?

DUQUE. Dios me ha inspirado al construirle! Mirad. (Levantando una trampa en el suelo.) Por esta trampa se baja á la poterna del reducto. Esa poterna, que tiene dos ventanas por las que se dominan los dos lados del lago, comunica con la ciudad por un subterráneo de tres kilómetros que cae debajo del patio central de palacio. Cuando esta noche lleguen aquí nuestras tropas, serán recibidos en la poterna por un hombre seguro, y ántes de una hora, pueden todos estar dentro de Irkouts!

SARA. (No desconfian de nosotros! Aquella mujer no ha sabido salvarle!)

AGOREFF. Señor, yo quiero ser ese hombre seguro. Hasta el fin me corresponde cumplir con la mision de mi Czar. Mientras vosotros combinais el terrible ataque de mañana que ha de derrotar á los tártaros, yo recibiré en la poterna á todos los destacamentos, y llegaré con el úl-

timo á vuestros piés ántes de terminar el dia!

DUQUE. ¿Cómo os llamais?

AGOREFF. Miguel Strogoff.

DUQUE. Á caballo! Señores! Miguel, trabaja aún esta noche, que mañana descansarás despues de la victoria. ¡Viva el Czar!

TODOS. Viva!!... (Vánse por la derecha.)

ESCENA X.

AGOREFF, SARA, los MARINEROS.

SARA. (Maldicion sobre mí, que no he podido salvarle! Maldicion sobre tí, que vas á cumplir tu venganza destrozando mi corazon para siempre!)

AGOREFF. Montan á caballo!... se alejan! Tártaros mios, corred hasta encontrar á vuestros hermanos; decidles que esta noche, cuando vean en la ventana izquierda de la poterna una antorcha encendida, pueden llegar al reducto sin temor. Yo les daré entrada, y juntos iremos por el subterráneo hasta el palacio del Gran Duque. Vosotros permaneced á mi lado hasta que llegue la noche y bajemos á la poterna. (Vánse dos marineros.) Sara! ¿Qué tienen tus ojos que parecen velados por las lágrimas?

SARA. Miguel ha muerto, y sin embargo la señal que su látigo hizo en tu rostro está cada vez más roja!

AGOREFF. Qué quieres decir?

SARA. Vas á saberlo.

VOZ. (Dentro.) Socorro!! Una cuerda para llegar á la orilla!

AGOREFF. Qué es eso? Ah! un hombre que viene sobre un témpano de hielo arrastrado por la corriente del lago!

SARA. (Miguel! un arma para él! trae!) (Arrebatando un cuchillo á un marinero.)

AGOREFF. Arrojadle una cuerda! Valor, amigo!! No distingo sus facciones.

SARA. (No me atrevo á mirarle!)

AGOREFF. Arriba! (Será una nueva traicion?)

ESCENA XI.

DICHOS y CARRANZA, por encima del reducto.

CAR. (Gritando.) Dónde está el Gran Duque? Quiero ver al Gran Duque!! Que me traigan al Gran Duque!!!

AGOREFF. ¿Quién eres?

CAR. (Ave María Purísima!)

SARA. (No es él?)

AGOREFF. ¿El periodista español? Qué haces aquí?

CAR. (Maldita sea mi suerte! Agoreff!!)

AGOREFF. Miserable espía! Venías á venderme!

CAR. Poco á poco! yo os diré...

AGOREFF. Silencio! infame!

CAR. No vale poner motes.

SARA. No le mates.

AGOREFF. Ah! Á la poterna! (Alza la trampa y empujan por ella á Carranza.)

CAR. Hay cueva en casa? Con tal que haya vino ménos malo!

AGOREFF. Más tarde nos veremos!

CAR. Sí, cuanto más tarde mejor. (Carranza entra en la poterna.)

AGOREFF. Alguien me vendía! Ay de tí! Sara!!

SARA. (No era él!)

AGOREFF. Vigilad sin descanso. Guardad silencio, y aquí solos sin más testigos que Dios aguardemos la noche!

SARA. (Dios de mi alma! Dios de mi madre! Dime si le has recibido en tu seno!)

MUSICA.

MUTACION.

CUADRO NOVENO

LA POTERNA.

Interior de la poterna. Una escalera que figura bajar desde las bambalinas. Dos ventanas grandes que figuran dar al lago á los dos lados del proscenio. Una puerta de hierro. Oscuridad completa.

ESCENA XII.

CARRANZA bajando por la escalera de piedra.

CAR. Pero hasta cuándo voy á estar bajando á tientas? Ajajá! ya llegué. (Llega al suelo) Buenas noches. Nadie contesta. Ó es falta de educacion ó que no hay alma viviente. Pues señor, caí en la ratonera. El encarguito del tal Miguel me cuesta el pellejo, y eso que le cumplí á las mil maravillas! Tomé el caballo; le reventé. Llegué á Irkouts, y allí me dijeron que el Gran Duque estaba en el reducto situado sobre el lago Baikal. Llegué á la orilla; ví bultos sobre el terraplen; me figuré que serían ellos; subí á un tempano de hielo y de hielo me he quedado al dar con el coronelazo de marras. De esta hecha sí que no hay tu tia. Aquí no sirven ni uñas de águilas, ni águilas enteras! Qué paso llevará por la Siberia monsieur Canard, mientras yo estoy aquí encerrado en el cuarto oscuro! Y la cosa aunque á oscuras no puede ser más clara! Si no me matan de un trancazo, me matarán de hambre! ¡Ay *Correspondencia*! Si llego á verme en tus oficinas, no salgo de la calle Mayor en toda mi vida! Orientémonos... dos escalones de piedra y una ventana. ¡Demonio! da al lago, y por aquí

el agua no está helada! Y al otro lado? lo mismo, otra ventanita y otro baño en perspectiva, y arriba los marineros para soplarme un tiro en cuanto me vean. Esperemos á la noche que ya está encima. Oigo ruido! Es por el lago... no veo á nadie... Calla! Un hombre saca la cabeza de debajo del agua! Qué es esto?

ESCENA XIII.

CARRANZA, MIGUEL, por la ventana de la derecha.

MIGUEL. (Sí. Aquí es. Por fin he llegado!)

CAR. (Qué veo! Miguel! El sentenciado á muerte!)

MIGUEL. (Un hombre?)

CAR. Entrad á escape no os vean desde arriba!

MIGUEL. Quién es?

CAR. Yo! Carranza!

MIGUEL. Qué haceis aquí?

CAR. Una friolera! Llegué á Irkouts, me indicaron el reducto; busqué al Gran Duque, y en vez de ese señor, topé con Agoreff que está arriba con su hermana vestidita de cazador que da gusto verla!

MIGUEL. Sara!

CAR. La misma que viste y calza!

MIGUEL. Gracias á ella vivo! Mientras vos buscabais al Gran Duque, yo he llegado reventando tres caballos á la otra orilla del lago: he visto á los jefes de las tropas rusas, y todos esperan mi señal para entrar esta noche en Irkouts. Segun mis instrucciones esta poterna comunica con la ciudad! Por aquí entrarán los destacamentos del Czar!

CAR. Pero desgraciado! ¿No habeis oido que sobre nuestras cabezas está Agoreff y que sus tártaros no deben estar lejos?

MIGUEL. Conocerá tambien el secreto de esta poterna y aguardará á los suyos para hacerlos penetrar en Irkouts?

CAR. Ya lo creo! Pero ántes lo que hará será dar cuenta de nuestras personas!

MIGUEL. Estoy armado y sabré defender mi vida!

CAR. Quién tuviera una navaja de Albacete de esas que dicen: ¡*Viva mi dueño*!

MIGUEL. Ayudadme á buscar la puerta del subterráneo.

CAR. Amigo, la noche se nos ha echado encima. Ántes se veía poco, pero lo que es ahora...

MIGUEL. Esperad! Una luz! Dios nos la envía!

CAR. No, que es el demonio que está ahora arriba!

MIGUEL. Silencio!

AGOREFF. (Desde el reducto, que figura estar en las bambalinas.) Baja delante, Sara. Voy á colocar de vijías á mis marineros y al punto te sigo!

CAR. Sara baja. (Se ve bajar á Sara con una antorcha encendida en la mano.)

MIGUEL. Ella nos salva!

ESCENA XIV.

DICHOS, SARA, por la escala.

CAR. Esa mujer nos está salvando todos los dias, y cada vez estamos más perdidos!

MUSICA.

Baja Sara y coloca la antorcha en la argolla del centro del muro. Miguel se le presenta de repente.

MIGUEL. Silencio! Yo soy!
SARA. Dios mio! Miguel!
CARRANZA. Bajito por Dios!
MIGUEL. Al fin me salvé.
SARA. Tardaste en llegar!
CARRANZA. La puerta está aquí!
(Abriendo la puerta de hierro de la derecha.)
SARA. Que van á bajar! (Con ansiedad.)
MIGUEL. Al cabo vencí!

—

(Con rapidez á Carranza.)

Deja ese abrigo que te cubre;
vuela, Carranza, á la ciudad,
cuenta al Gran Duque lo que pasa
y que aquí llegue sin tardar.
Las tropas fieles que me siguen
ya sólo aguardan mi señal!
por ese lado el lago cruzan,
luz esa antorcha les dará!

CARRANZA. Salvo mi vida al mismo tiempo,
da cuenta tú de ese bribon!

SARA. Ya abren la trampa del reducto!

MIGUEL. En Dios está mi salvacion!

—

(Huye Carranza por la puerta de hierro: Miguel se envuelve en el ropon de Carranza y se echa al suelo. Sara se queda de pie con los brazos cruzados cerca de la ventana de la izquierda. Continúa la música, miéntras baja Agoreff por la escala.)

ESCENA XV.

SARA, MIGUEL, AGOREFF.

AGOREFF. Llegó, Sara, la hora!
¿Y ese hombre? (Buscando á Carranza.)

SARA. Duerme allí.
(Señalando á la ventana de la derecha.)

AGOREFF. La seña á nuestros tártaros
hagamos desde aquí!
(Sara coge la antorcha, y el dirigirse con Agoreff á la izquierda, se les interpone Miguel con el sable desenvainado.)

MIGUEL. Detente!

AGOREFF. Cielo santo!
Miguel!

MIGUEL. Yo soy!

AGOREFF. Traicion!
(Saca una pistola y le apunta.)

Tu muerte!...

(Al ír á disparar, Sara le levanta el brazo y Agoreff deja caer la pistola.)

SARA Cuerpo á cuerpo!

AGOREFF. Infame!! Maldicion!!

(Saca la espada y ataca á Miguel. Sara, acercándose á la ventana de la derecha, tira por ella la antorcha. Sigue el combate, en el cual Agoreff pierde terreno, hasta llegar á la ventana de la izqnierda. Pausa.)

(Canto lejano por la derecha.) Hurra! Cosacos! Hurra,
esa es la señal!
Hurra! Cosacos! Hurra!
¡Viva el Czar!

MIGUEL. ¡Viva el Czar!

AGOREFF. El infierno te ayuda!!

SARA. Nuestra muerte está aquí!
Por traidores morimos!

MIGUEL. ¡Por mi patria! (Dándole una estocada.)

AGOREFF. ¡Ay de mí!

(Cayendo al lago por la ventana de la izquierda.)

—

(Canto más próximo.) Hurra! Cosacos! Hurra!

MIGUEL. Sara! Ven acá!

SARA. Miguel! Sara no existe!

(Saliendo por la ventana por donde cayó Agoreff.)

MIGUEL. ¡Viva el Czar!

CORO. (Dentro.) ¡Viva el Czar!

MUTACION.

CUADRO DÉCIMO.

EL LAGO BAIKAL.

Gran panorama del lago Baikal. El proscenio figura la orilla, y en primer término, á la derecha, está el exterior de la poterna y reducto de los dos cuadros anteriores. Sobre el reducto se ven soldados rusos, y por toda la extension del lago lanchas con el ejército cosaco con antorchas. La luna ilumina la escena. Miguel, por la derecha, y tras él el Gran Duque, Carranza, Oficiales, María y Mr. Canard, vestido de cosaco, que se descubre á su tiempo. Sigue la música en la orquesta.

ESCENA XVI.

Todos los personajes descritos en la acotacion.

HABLADO.

CAR. Por aquí, señor!
COSACOS. Hurra! Victoria!!
DUQUE. Quién es Miguel Strogoff?
MIGUEL. Á tus plantas está!
DUQUE. En mis brazos!
CAR. Y ese tio?
MIGUEL. Muerto!
CAR. Séale el agua ligera.
MARIA. Miguel!
MIGUEL. María! ¿Cómo has llegado hasta aquí?
CANARD. Con la ayuda de este cosaco! (Descubriéndose.)
CAR. Monsieur Canard! Maldito hombre! Á que hay que quererle por fuerza!

DUQUE. Miguel! tu madre te espera, y despues, el premio de tu virtud y de tu heroismo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, SARA, que aparece sobre el lago en una balsa, arrodillada y mirando á la escena.

COSACOS. Una mujer!!
CAR. La hermana de Agoreff!
COSACOS. Su muerte!
MIGUEL. No! Ella me ha salvado! Á ella debemos la victoria!
SARA. (Cantando y alejándose.)

—

Por tí, Miguel, perdí,
ventura! patria! amor!
acuérdate de mí!
Adios! Miguel! Adios!
MIGUEL. Tu noble corazon
jamás podré olvidar!
Sara infeliz, Adios!
CORO. ¡Viva el Czar!
(Agitando las banderas rusas.)
TODOS. ¡Viva el Czar! (Fuertísimo.)

—

(Grito inmenso de entusiasmo. Sara se aleja en la balsa: Miguel la hace señas con su pañuelo. Cae el telon.)

FIN DE LA OBRA.

3 0112 117453719